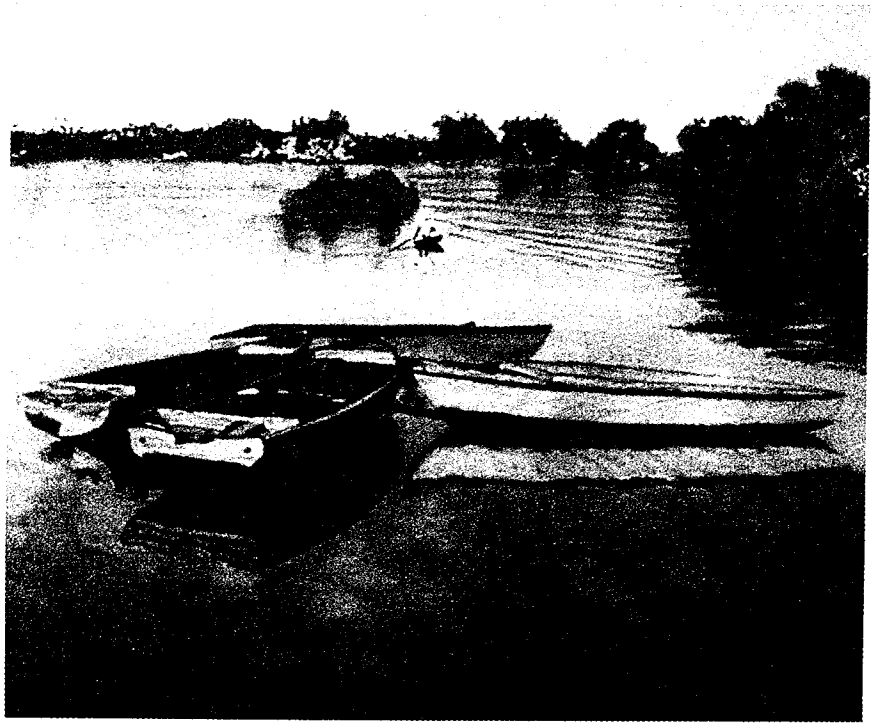
OBRAS PREMIADAS

1 9 9 6

OBRAS PREMIADAS

SEGUNDO CONCURSO DE ARTE Y LITERATURA BANCENTRAL 1996



BANCO CENTRAL DE LA REPUBLICA DOMINICANA
DEPARTAMENTO CULTURAL

Banco Central de la República Dominicana.
Departamento Cultural
Segundo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1996 : Obras premiadas / El Banco. Santo Domingo : Banco Central, 1996.
110 p. : il.

ISBN: 84-89548-36-6

1. Literatura dominicana. 2. Artes plásticas. I. Título.

1 9 9 7

DEPARTAMENTO CULTURAL

Edición al cuidado de:
José Alcántara Almánzar
Milena Alba Frappier
Miguelina Francisco Batista

Impresión:
Subdirección de Impresos y Publicaciones
del Banco Central de la República Dominicana

Impreso en la República Dominicana

CONTENIDO

Presentación 9

PRIMEROS PREMIOS

¿Sexo débil? 13
Cynthia Valenzuela

La nueva era 15
Luis José Bourget García

Yolas 19
Emilia Linares

Complicaciones en el tiempo 21
Miguel J. Escala

SEGUNDOS PREMIOS

Si fueras santo 41
Francisco De la Mota Sánchez

Réquien 43
Henry Almonte Diloné

El arreglo 47
Maritza Balbuena Alvarado

Serpiente de la noche 49
Luis José Bourget García

TERCEROS PREMIOS

Jarra taína 59
José Alberto Jiménez

El esqueleto en el armario de abuela Lucía 61
Fabiola H. Herrera de Valdez

Tres poemas 77
Octavio Amiama Castro

MENCIONES DE HONOR

El adios 85
Cynthia Valenzuela

El sueño de Elena 87
Pedro Julián Atiles Nin

Desde el balcón 91
Sheyla C. Hernández Concepción

Un encuentro feliz
Eduardo Rodríguez P. 93

Frutos y vegetales dominicanos
Martín Bolívar Rodríguez 97

VEREDICTO 99

APÉNDICE

Notas biográficas de los autores 105

PRESENTACIÓN

Por segundo año consecutivo, el Departamento Cultural del Banco Central ha celebrado su Concurso de Arte y Literatura, dirigido a todo el personal de la Institución, con el propósito de estimular la creatividad en aquellas personas que, aparte de sus ocupaciones profesionales cotidianas, sienten como una vocación íntima e irrenunciable, el cultivo de las artes y las letras. En realidad, ya lo sabemos, la vida cobra un sentido nuevo cuando somos capaces de reservar tiempo para comunicarnos con los demás a través de las formas y volúmenes, los colores, o las palabras, que toman cuerpo y espíritu en las diestras manos de los que esculpen, pintan o escriben.

Las autoridades del Banco Central, deseosas siempre de promover actividades enaltecedoras que permitan a todo el personal la demostración de sus potencialidades artísticas e intelectuales, auspicia cada año este concurso interno, poniendo a disposición de quienes a él concurren, la posibilidad de que sus obras sean conocidas y difundidas, a través de la exhibición de las esculturas y pinturas enviadas, y la publicación de un libro que reúne los cuentos y poemas premiados.

Este año, el personal respondió a la convocatoria del Departamento Cultural, y lo hizo en forma masiva, habiendo participado 21 obras en "Escultura" y "Pintura", y 70 textos en "Cuento" y "Poesía", para un total de 91 obras. Los jurados de Arte, Laura Gil y Alberto Bass, seleccionaron las obras ganadoras luego de observar cada una en detalle, ponderando sus cualidades estéticas. Se trata de cuadros y esculturas en los que sus autores han empleado técnicas y materiales diversos, pero los temas se hunden siempre en nuestras raíces culturales: no hay más que ver el colorido del paisaje, la exuberancia de las flores y frutas, en fin, todas esas cosas que configuran el universo de lo dominicano.

Los cuentos sometidos a concurso cubren una amplia gama de registros narrativos, que van de lo folklórico a lo fantástico, del realismo social a la exploración psicológica. El cuento en sentido estricto es un género difícil, no tanto por su habitual brevedad, que no es un requisito indispensable, sino por esa intensidad tan huidiza, esa lógica de los personajes en acción, y ese golpe emocional que debe provocar la solución del cuento. En los textos premiados se verá que hay un poco de todo: desde

aquellos en que lo principal es la escritura como ejercicio, hasta los que son deudores de ese género tan popular que es la telenovela. Unos y otros presentan las destrezas de sus autores para contar historias, que es, en rigor, la base de los cuentos, así como las limitaciones conceptuales y prácticas de un género complejo pero apasionante.

La mayor participación, en términos cuantitativos, fue, como de costumbre, en la categoría de "Poesía". Este año tuvimos sorpresas agradables, ya que los puestos principales, por decisión de los miembros del jurado, se otorgaron a poemarios completos, y no a poemas aislados. Las obras premiadas en poesía, como se podrá constatar, se alejan del pintoresquisimo rimado, o de las simples efusiones románticas de cierta poesía desfasada. Estamos en presencia de poemas en que lo humano es aventura y búsqueda, alborozo y desgarramiento existencial; lo íntimo y lo social conjugados en poemas que otorgan a la palabra su sitial privilegiado.

Este concurso ha sido posible gracias no sólo al patrocinio del Banco, a través del apoyo que el Gobernador, Lic. Héctor Valdez Albizu, y demás autoridades de la Institución siempre han prestado al Departamento Cultural, sino al excelente trabajo de un jurado idóneo, que trabajó con la mayor objetividad, tratando de escoger las mejores obras. Laura Gil, Aída Bonelly de Díaz, Alberto Bass, José del Castillo, Miguel Reyes Sánchez y quien escribe, pusimos nuestro empeño para que este concurso arrojase óptimos resultados. En nombre del Departamento Cultural que me honro en dirigir, quiero manifestar nuestra gratitud a estos magníficos jueces por su valiosa labor.

José Alcántara Almánzar

PRIMEROS PREMIOS

Primer premio
Categoría: Escultura
Obra: ¿Sexo débil?
Autora: Cynthia Valenzuela

PRIMER PREMIO LITERATURA

CUENTO

La Nueva Era

Autor: Luis José Bourget García

Y LLEGARON LAS OLAS. Columnas enormes de agua amurallada, rocas y algas marinas. Se precipitaron con fuerza indecible, como si lanzadas desde la misma Luna, y arrasaron la diminuta isla hasta dejarla convertida en un cenagal inmenso, en un atolladero sin límites de lodo y escombros del fondo del océano. Sólo tú y yo, Rubiales, hemos podido escapar del escarmiento bíblico, gracias a nuestra afinidad casi única por estos oscuros fangales. Nos llamaban montesinos, culebros y brujos de orilla incierta, pero ha quedado demostrado que fue atinada nuestra decisión unánime de emigrar, de meternos hasta el cuello en estas tierras pantanosas, lejos hasta de las últimas poblaciones que alguna vez delimitaron lo que fue una vasta ciudad, plagada de sus grandes edificios y monumentos, de la turba insípida de la que huímos, tú y yo, con el ansia febril de descubrir lo ignoto.Todo quedó borrado por las apocalípticas aguas, así como el ácido desecha la herrumbre, y ni un solo grito escuchamos, ni el mínimo lamento, pues todo ocurrió tan rápido que de repente se sumergieron las lomas, se esfumaron las nubes, y el mundo se volvió triste y oscuro y con la única consistencia de la arcilla.

Así fue que lo deseamos, que no quedara nada de nuestras antiguas identidades. Ahora somos como dos cocodrilos, rodando nuestro vientre sobre las aguas, con las fauces abiertas hacia el sol. ¿Y qué fue de los incólumes muros, de las altas cornisas repletas de golondrinas, y de las calles

rebosantes de miseria humana?. Ahora sólo alcanzamos a divisar los resquicios lejanos, la indistinta humareda de la combustión. Todo ha cambiado, sin duda, Rubiales, pero para nosotros ha sido de inmenso provecho. ¿No respiramos mejor en la marisma de la noche, sin tener que soportar el hedor asfixiante del inagotable afán de la gente, de su morbo impublicable? Ya lo único que persiste es la memoria de su existencia, de la repulsión que sentimos al tener que enfrentarnos consuetudinariamente a sus visitas furtivas, a su afán de redimirnos, de reincorporarnos al estigma azaroso de su decadencia.

Todavía recordamos cómo procuraban tentarnos dejando abandonadas bolsas enteras de comida, colgando grandes letreros y anuncios conocidos, fornicando a gritos en sus retirados campamentos, pero sin atreverse a cruzar la frontera angosta de la selva, por el miedo terrible que tú y yo, Rubiales, vencimos, atenazados por la convicción del exterminio. En efecto, sentimos el reclamo olímpico de la tierra, una noche en la que surgieron grandes llamaradas en el cielo, y la gente se preparó para el advenimiento de un cometa. Esa noche se pudo ver hasta los confines siderales del universo, y las estrellas titilaron con el fulgor inequívoco de la desgracia. Tú y yo la sentimos, Rubiales, y no comulgamos con la sapiencia inútil de aquellos que arengaban a viva voz y en medio de las calles sobre la imponente llegada del paraíso definitivo, pues como veis, decían, nunca habíamos tenido días tan claros, nunca los panes levantaban tan poco en los hornos, nunca la vida se había vuelto tan lenta y apacible, y ello sólo podía significar la señal de que en el más allá se preparaba la tan anunciada y esperada invasión angelical, por la presíon inmensa que el reino de los cielos ejercía sobre nuestra atmósfera.

Insensateces. Como lo sabíamos desde el principio, sin lugar a dudas se cernía sobre todos el más despiadado de los castigos, contaminado por la bendición colectiva. Aún no nos conocíamos, Rubiales, y ya pensábamos en promover la certidumbre que tras largas noches de insomnio logramos obtener, fruto de la inagotable observación de los astros. Recuerdo cómo me arrellanaba contra el piso de concreto, en el tejado que me pareciese más propicio, y escrutaba incansablemente el cosmos en busca de lo sobrenatural, de lo prohibido. Tú hacías lo mismo, Rubiales, y no te amedrentaba el gorgojeo de aquellos que te veían abandonar el grupo en las recepciones del gobierno, para encaramarte hasta lo más alto del asta de la bandera y divisar el horizonte incierto. Te volviste intransigente, austero y de modales repentinos. En el breve apartamento apenas si dormitabas, sublevándote al

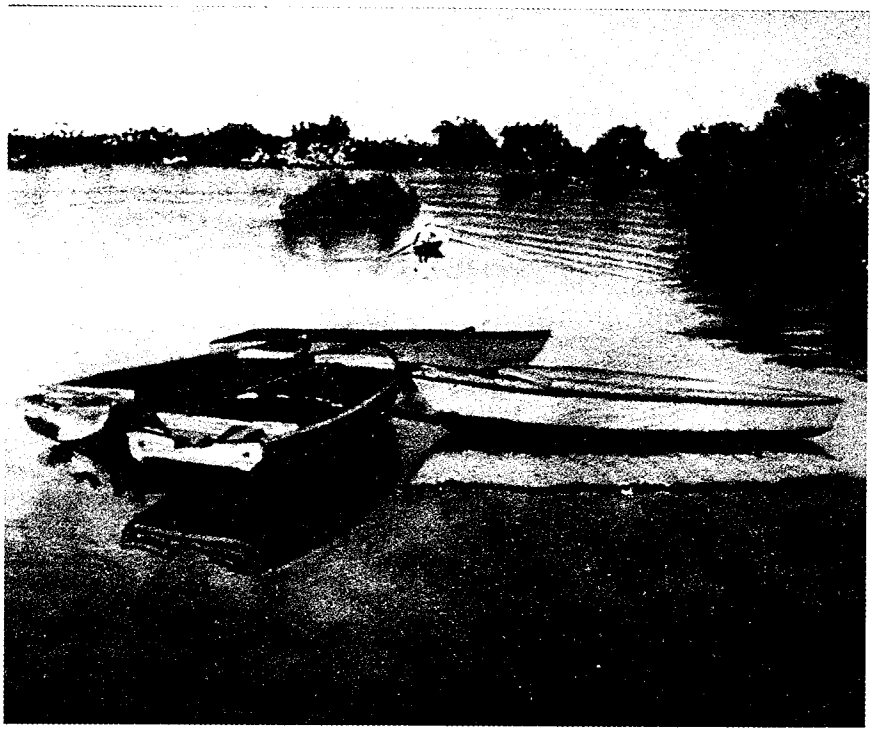
sueño con el instinto de la vida, restañando hasta los impulsos más primitivos como el hambre y el deseo. Poco a poco, al igual que yo, fuiste testigo de la transformación de tu persona en un ser irascible y egoista.

No fue fácil, recordamos ahora, llegar al entendimiento de la verdad por sobre las opiniones adversas. La primera vez que me atreví a mencionar mis inquietudes en público, todos pensaron que había sido capturado por alguna religión lavacerebros. Hasta el simple hecho de proponer un viaje de exploración hacia estas tierras fluviales parecía un infundio de devastación craneana. Me tildaron de loco, de más loco que los mesiánicos de esquina que vivían del saqueo de las necrópolis. Aún hoy, mientras nadamos como reptiles por sobre la miasma azarosa de las antiguas avenidas terrestres, podemos de vez en cuando escuchar algún eco remoto suspendido en el tiempo, reclamando una prudente explicación sobre tan tremendo sistema de destrucción, superior al conocido fuego bíblico. Contestamos que por mucho tiempo avizoramos la verdad, que estudiamos los datos con el rigor ferviente de los sabios de antaño, que intentamos por todos los medios dar a conocer lo que entendíamos sería la única tabla salvadora para sobreponer el diluvio. Tú y yo, Rubiales, después de largos meses determinando las coordenadas precisas de la catástrofe, coincidimos tanto en las fechas aproximadas como en la posible existencia de un pasadizo, un área de terreno que permanecería intacto al obrar como ojo de tormenta. No es de extrañar por ende que en nuestras sucesivas incursiones a los fangales se propiciaría nuestro encuentro, y que inútilmente agotáramos nuestros recursos para atraernos la compañía del séquito de nuestros amigos. Luego de fracasar en nuestra perspectiva de libramiento colectivo, vendría la desazón del inminente fallo de nuestros pronósticos. De hecho, hasta llegamos a dubitar sobre la recapitulación de nuestro delirio en términos de fechas y lugares exactos.

Una instintiva revuelta en nuestro ser hostigaba la sinrazón de permanecer estáticos, esperando inútilmente la señal apocalíptica que tal vez nunca llegaría, sorprendiéndonos amargamente con el encono de la devastación. La situación ya no equiparaba las medidas precautorias que tú y yo, Rubiales, habíamos adoptado para escapar rápidamente de los vericuetos citadinos. Reformulamos la ruta de salida y nos dimos cuenta con horror que nunca la alcanzaríamos a tiempo, que ni siquiera la huída en el momento decisivo era una variable en la que se podría tener confianza. La alternativa que se había creado era la evacuación inmediata, dando los márgenes adecuados para que se cumpliera lo inaudito.

Suponíamos, por ejemplo, que iba a resultar difícil el acostumbrarnos a nuestro nuevo ambiente. El simple hecho de pensar en abandonar nuestras posesiones, así como la comodidad adquirida gracias al esplendor pagano de la civilización, resultaba en una encrucijada malévola que estuvo a punto de hacernos desistir, presos del desengaño. Sin embargo, al parecer triunfó el primitivo instinto que nos preservaría, a tí y a mí, Rubiales, con el fin de llevar impreso el testimonio de la devastación. El lugar escogido para nuestro refugio no era más que un inmenso estuario, humeante de la pestilencia que emanaba contínuamente de sus efluvios subterráneos. Al principio tratamos de habitar entre las ramas de sus dispersos manglares, que como diminutos oasis poblaban escasamente la podredumbre infinita, pero fuimos arrojados de ellos por las nubes de zancudos coléricos. Entonces comenzamos a nadar entre el estiércol húmedo de las lilas, hasta que la confianza nos inmiscuyó hacia zonas más profundas y oscuras.

Los primeros días fueron los más duros. De tanto permanecer sumergidos, nos hinchamos como gigantescos calabazos acuáticos, y dejamos que la corriente nos arrastrara lentamente por las grutas y recodos de cieno virgen. Todo era tan nuevo que relumbraba ante nuestros ojos con los mismos colores de la creación, y vimos matorrales gigantescos y purpúreos, poblados por aves y animales desconocidos. Durante muchos días escuchamos las voces y gritos lejanos de aquellos que nos buscaban, reclamando nuestra presencia a cambio de la gracia de devolvernos a la vida mundanal, sin pensar que ya habíamos renunciado a ella inefablemente, acomodándonos lo mejor que podíamos a nuestra nueva constitución delfínica de depredadores anfibios, degustando la hiel de almíbar de los renacuajos y cazando a dentelladas las tilapias en sus estanques ocultos. El eco de sus lamentaciones cesó de repente, y entonces perdimos la noción de la realidad mientras boyábamos en un remanso apacible, asaltados únicamente por el ardor de los recuerdos. Según nuestra terrible predicción, la debacle habría arrasado con todo lo que conocíamos, y ya nunca sería posible retornar al orden anterior de las cosas. Ahora nos dirigíamos hacia un porvenir incierto, cuyas señales tratábamos nuevamente de descifrar en las coyunturas de los astros. Nos vimos atracar en algún puerto remoto, llevando a quien lo quisiera oir la advertencia de arrojarse sin dilación a las turbias aguas, de remar por sus vidas bajo el velo infinito de la intemperie, en un incansable peregrinar hasta establecer el límite de la costa, y entonces abandonarnos al altamar, atendiendo pacientemente la aparición de alguna blanca ave, portadora entre las garras del tierno ramo de olivo que anuncie la cercanía de las nuevas tierras.



Primer Premio
Categoría Pintura
Obra: Yolas
Autor: Emilia Linares

PRIMER PREMIO LITERATURA

POESIA

Complicaciones en el tiempo

Autor: Miguel J. Escala

I

Incorporo la vehemencia
de mis expresiones más sencillas
a la comunicación complicada de
lo inusitado, convertidas, sí, en canciones postergadas.

Viví el quehacer de un corazón señalizado
por el resurgimiento frecuente
de la ocasión cuasi sacra
de un verbo irrefrenable.

Requiero de nuevas páginas
que ilustren la no pesadumbre
y que construyan en la libertad
de estaciones temporales
el soneto que comprenden las multitudes.
Un solo triunfo, una sola multitud
en la flor atrasada de un otoño.
Forjaré efigies no compuestas
apartadas en series por generaciones,
por distancias,
por respuestas,
hasta reagrupar siete inviernos de aromas diversos,
como cuadernillos del mismo libro del triunfo.

II

Una esquina mal calculada
truncada en un diseño arbitrario,
como arbitrario es el nacimiento de los hijos
en épocas y sexos, e incluso razas diferentes.

Se suma un estacionamiento
para un solo vehículo
de privilegios burgueses
en irregularidades aceptadas
a partir de desacuerdos.

Cancelada queda la cita
con médico que asume su práctica
cual gendarme mal pagado.

Travieso, reposa el calendario
de tiempos idos,
visto en esquina chueca,
para un vehículo en movimiento
que no llegó a su destino.
Reclama cual impedido
lo que le corresponde,
para estacionar,
para escalar,
para poder evacuar sus naturales heces,
en libertad equivalente
sin burguesía, sin destino, sin sexo, sin raza y sin época.

III

Fueron los pies acusadores
infames,
de fábulas
mal contadas y menos entendidas.

Tenían que ser los pies,
los que en falso erotismo
distorsionaron íntimos deseos.

Eran los innobles pies,
doctos y azorados
los que simularon
como actor supernumerario
imbuirse de drama y pesar.

Garrafal mentira, de pies
aplastados en lo natural,
cómplices de carnes excomulgadas,
ante enlaces desiguales
de dolor ingenuo.

Complejo de flor asustada,
a destiempo,
en visión fugaz de desespero.

Fueron los pies, y también las piernas,
que aunque vestidos
se escondían a sacrificar placeres.

IV

Traficaba en nubes financiadas
por un sol fabricado
palideciendo en el horizonte creado
antes de nacer el mundo.

Saludaba las flores
achicharradas por las incursiones
de un sol errante
que no descubrió su propia fuerza.

Palidecía al consentir
el alumbrado de un sol rebelde

nacido en dos siglos;
y temblaba con esmero,
como voces educadas
para un canto agudo de tenor de ópera cara.

Entonaba el canto eterno,
sin ozono de protección,
para que rayos libertinos
construyeran la búsqueda habitual hacia la luz.

Siempre fue el sol, el mismo sol,
que se aburría leyendo
los mismos textos
del paisaje eterno
que regalaba una inmortalidad prestada.

V

Seré, sin embargo, político
cuando ya no tenga nada que perder,
ni me interese ganar apuestas.
Sólo seré político
para expandir el verso, el deseo,
y el desarme.

De vez en cuando recibiré besos
de seguidoras amontonadas
con labios ansiosos;
me darán empujones acalorados que sentiré
en huesos dolientes.

Seré político para proclamar
que las páginas deben seleccionarse
y deben leerse sólo en los amaneceres.

Seré político para exasperar
a los que manejan los pies y las piernas,
y para alentar consignas sobre el sol.

Seré político para entonar dos cantos,
de pentagramas construidos con seis renglones,
y para recordar la causa de los impedidos.

Antes que repose el espíritu
abrazaré las causas no defendidas,
y seré político.

VI

Encontré plata en mi rostro,
un azabache extendido en mi pubis,
oscuridad total en el capitel,
nubes pendientes en el encogido pecho,
pero más importante era el éxito y el color del pubis.

Destacaba las curvas de un vientre
mal trabajado,
quizás entusiasmado por aceites malolientes.

Protegía el paisaje improvisado,
la lejanía,
la ausencia periódica de movimientos
y el conservadurismo
que protegía al aislado
y palidecía ante el aplauso de los perdedores.

Mi ecología abarcaba más,
expandía el rigor de noches de ausencia,
los viajes para traer ensaladas de conocimientos,
y los días,
días furiosos para retornar a papeles numerados.
Mi epistemología yacía en el incesante tiempo.
Terrible la situación,
de progenitor en la segunda instancia,
en el propio tribunal de los más sabios.

VII

Refugiado en un solsticio perdido,
de intervalar vigor
coronado de pinares olientes
en pleno reverdecer de la foresta.

Contado en cada astro y por cada estrella,
con legítimos quereres acostumbrados a las galaxias,
modificando las tribulaciones de nadie,
sobre todo y más que nada,
del mismo nadie.

Tropicalizado el fanatismo personalizado
y como barbillas atentas
dirigiendo miradas inquietas a seres
que si no existen
a lo menos parecen estar parados en sus propios pies.

Animados con las verdades más profundas
de libros demasiado leídos
en ocasiones distintas
con intenciones concluyentes
para acentuar los días que no han pasado.

Tendrás que remendar a Mozart
y entretenerte con Lennon,
concluirás caminando, eructarás tus pasos,
sacudirás la arrogancia de una música que nunca tocaste.

VIII

Hitos contagiosos saludan las insinuaciones de los
mayores
para que los ojos sigan viniendo
a pesar de las intenciones de detener la conciencia

de los hechos
caracterizados por el comprado señor,
por la anciana violada,
por el púber martirizado,
por la entretenida niña,
y por identificaciones que se piden
para no esclarecer los hechos
que sólo se ven si se quiere.

Las banderas,
siempre las mismas banderas,
y yo en medio,
alejado de los pies,
alumbrado por una luna porque se hizo de noche,
sin mover banderas,
con una cruz dispuesta,
porque se reprochó la loma,
se reacusó lo bendecido,
y se consiguió perdonar las faltas,
menos
la de los impedidos,
que tuvieron barreras para no manifestarse en la tribuna,
para no cantar un SOS estilo siete.

IX

Se fingió el amor,
se fundieron manos obligadas,
se cantó paz cuando había placeres,
los barrios se estremecieron
y se recordó la metralla de las palabras
en un rincón de la misma Diecisiete.

Ocultemos las verdaderas intenciones,
no las mismas,
el tiempo lo ha dicho,

y la lágrima no se derramó,
pero queda la molestia en ojos que se entusiasmaron
para brillar.

Es que fue,
luego de caminar por la San Martín,
y no recuerdo la esquina,
pero allí pasaron
los empujones y el estallido,
el líquido chorreado
de ojos y nucas,
fue allí mismo
donde desde entonces se lloró la vida.

Huelo el fragor y la loma,
el tableteo de dignidad que no conoce la rodilla.

X

Allí también fue
que le mutilaron los clítoris
a las mujeres jóvenes en fila
que ya habían humedecido sus entrañas,
que esperaban el placer impedido.
Era necesario acordonarlas,
aflojar el dolor
para contrarrestar las pasiones.

Se fijaron el condón
los que querían mostrar los hijos,
se lo tuvieron que poner
para retener generaciones
y convertirlas en efluentes grises.

Todo era impedir
el gozo, el "reviento",
el continuarse en el placer
de manera sincera.

Parecía mentira
la virtud encendida
de mujeres sin clítoris,
de hombres con condones fijos.

¿Me permite esta pieza?
Con tres sones ni se siente ni se procrea.

XI

Las cenizas provocaron el recato
de las luces con mal aliento,
aquellas de un verano
presentado de repente.

Sonó un rock inesperado
en madrugada más fresca que las anteriores,
con la misma dificultad
para entonar canciones en el propio idioma.

En la lejanía, oí las voces,
en estridencia se sumó la música,
pero desapareció el verso por un instante
para proporcionar vida temporal
como consecuencia incalculada
de instrumentos desafinados.

Acontecía el dolor
que no dolía,
sonaban los acordeones
que se habían desinflado,
y alumbraba un sol de verano
en el olvido de sus propios rayos.

Me alegré al concluir el día,
era más la cosecha que lo vendido.

XII

Ruega por nosotros,
ruega por él,
ruega por ella,
Santa María de los desaparecidos,
Amén, por él, por ella,
Amén, por nosotros...

Fue, tuvo que ser,
la tormenta de la noche de plena primavera,
cuando los tomates no maduran,
sino que caen,
fue esa tormenta,
ruega por él.

Duele la pena,
Amén,
y aprendimos todos,
ruega por nosotros,
a decir Amén, Amén,
ruega, siempre ruega,
por nosotros,
por ella,
por él.

Por aquellos que no leen los versos,
ruega por ellos, ruega por ellas. Amén.

XIII

Salió del árbol,
duro era,
motivado estaba para curar los grandes males,
el pesar se cura sólo con el zumo
de la propia raíz,
el temor se cura con el polvillo de las hojas,

y además sirve el tronco
para dormir.

Era un árbol elegido,
no sólo para curar
sino para anidar
todo tipo de aves.

Las hojas selectas fueron
destinadas para los pendejos,
en ellas se escondía una sabiduría,
más que la dirección del sudor,
más que el olor de jazmines amarillos,
sobre todo más que la aventura no emprendida.

Era el temor lo que reinaba,
eran las hojas las requeridas,
y después,
que venga la sopa de tronco
para olvidar, para dejar atrás.

XIV

¿Y qué decir?
No tengo por qué llorar.
Si digo, quizás canto.
Si escribo, también canto,
y hasta si juego, el canto es seguro.

No lloro,
no lloraré
no tendré tiempo para explicar el espanto
que me causan mis propias lágrimas.
Ahondaré sólo en las causas
que no tengan profundidad
para evitar un sufrir desaliñado
que repercute en el paseo
que todos los días se da la sinrazón.

Atravieso multitudes
con la cabeza inclinada hacia el asiento de los santos.

Estrujo los ojos madreverdes,
y así puedo incorporar
la dulce aventura de los que mendigan,
nunca por dinero,
sino por la lágrima
que se resisten a llorar
para no abandonar la noche.

XV

Y antes, sólo días antes,
del último verano
con significado de palabras,
florecieron los flamboyanes
y dieron color a las tardes,
se escondieron
en los labios cerrados
que no se mueven,
que se obstruyeron.

Lo juro,
será el último verano,
y lo juro
con palabras abarrotadas,
sin verso, pero con páginas
de la propia vida.

Sigue a la primavera
y existe entre dos equinoccios
igual que existen las piernas
igual que se mueven los pies
igual que padecen las mariposas
porque sólo les vemos dos alas
por la noche,
por la fatiga.

XVI

No requiero fotos
de los que amo,
es más, no me interesa
perpetuar en papel sus figuras,
me basta la memoria fiel
y las remembranzas
de sus pálidos o quemados rostros,
de sus miradas,
de sus manos tendidas.

Con sólo mirar la luz
desfilan los que amo
se anidan los míos
para protegerse
de fotógrafos tontos
que buscan la vida para un papel
y todos parecen alegrarse
ante la iconoclastia
de mi respeto

En ambos ojos
quedan impregnadas las figuras
a pesar de las temporadas
a pesar de los mares,
allí ubico a los que reciben tiempo,
preocupación y aliento.

XVII

Y vuelvo
para confesar mi culpa
para pedir perdón
en un primer momento
para ahuyentar por el aire
y así se pierdan
mis pesares y mis congojas.

En un segundo momento
te toca recibir
improperios por las tuyas
porque no libarás
vinos descoloridos
ante la inoperancia de unos recuerdos.

Y al final
que se vuelva diferente
la nueva página
la del dolor que no se siente
en un futuro latente,
sólo así podremos crecer
basados en las culpas
que quedaron atrás.

Quédate después de mis culpas.
que es preciso oír las tuyas.

XVIII

¿Por qué hay tantos rostros iguales,
dispersos,
que expresan,
que interrogan,
que se repiten,
que gesticulan con los ojos,
de igual manera,
que alegran el instante
y se quedan de nuevo en la memoria?

El verde no se refleja en esos rostros,
es sólo un amarillo pasajero
de maquillajes que no encubren,
de expresiones en las mejillas no recubiertas
y narices aburridas.

Las uñas son las mismas,
y el ánimo de cabellos ondulantes,
o la ausencia de los mismos,
o lo encrespado,
o la melena alisada,
o el temor a quitarse el pañuelo.
Y si me miro en el espejo,
recojo el mismo rostro,
sin verde, aburrido, con alegría al instante, igual,
disperso.

XIX

Me protegería en tus pechos
ante la imposibilidad de unos sueños
para consumar las caricias
a mi rostro
que tú admiraste
que se quedó pálido
ante tus formas.

Serían tus pechos
los que entonarían los cánticos
y que haciendo las cosquillas
a la propia afirmación
lograrían extasiar
los sonidos
del hoy y del día
en que no olvidaste mirar mis manos.

XX

Y me marcho al trabajo,
a la misión que asumo,
a la entrega de un día,
por la causa,

¿y por qué causa?
en fin,
la de los seres
de ahora y de mañana
los de la sangre,
y los que no la tienen,
los que no entienden la misión,
y los que matan,
y los que roban,
y los audibles
y los visibles,
por todos ellos,
por la vida,
por los sueños,
y el aire y los ríos
y la abundancia
en la armonía,
que no tengan los que matan
que tengan los que dan vida.

XXI

Retaguardias con retaguardias
afilaron el brillo de la noche
en escondido encuentro
de la alabanza prohibida
para prohijar deseos
innobles
pero abundantes
en lo clandestino del complot
que nadie sabía,
y sí compartían.

Abandonada la retaguardia
en la admiración del abrazo
en la nada del momento
en el despertar de la vida.

Y aconteció el ritmo
para la melodía inesperada
en la guerra injusta
en lo abominable del mismo día
que amaneció más temprano
cuando desapareció un frente
y palideció la sonrisa
que había antecedido al choque
de la eterna burla.

XXII

El silencio,
se produjo el silencio
en medio del murmullo,
el silencio de las palomas
que callaban
para conocer más.
Quedó trunco el poema.

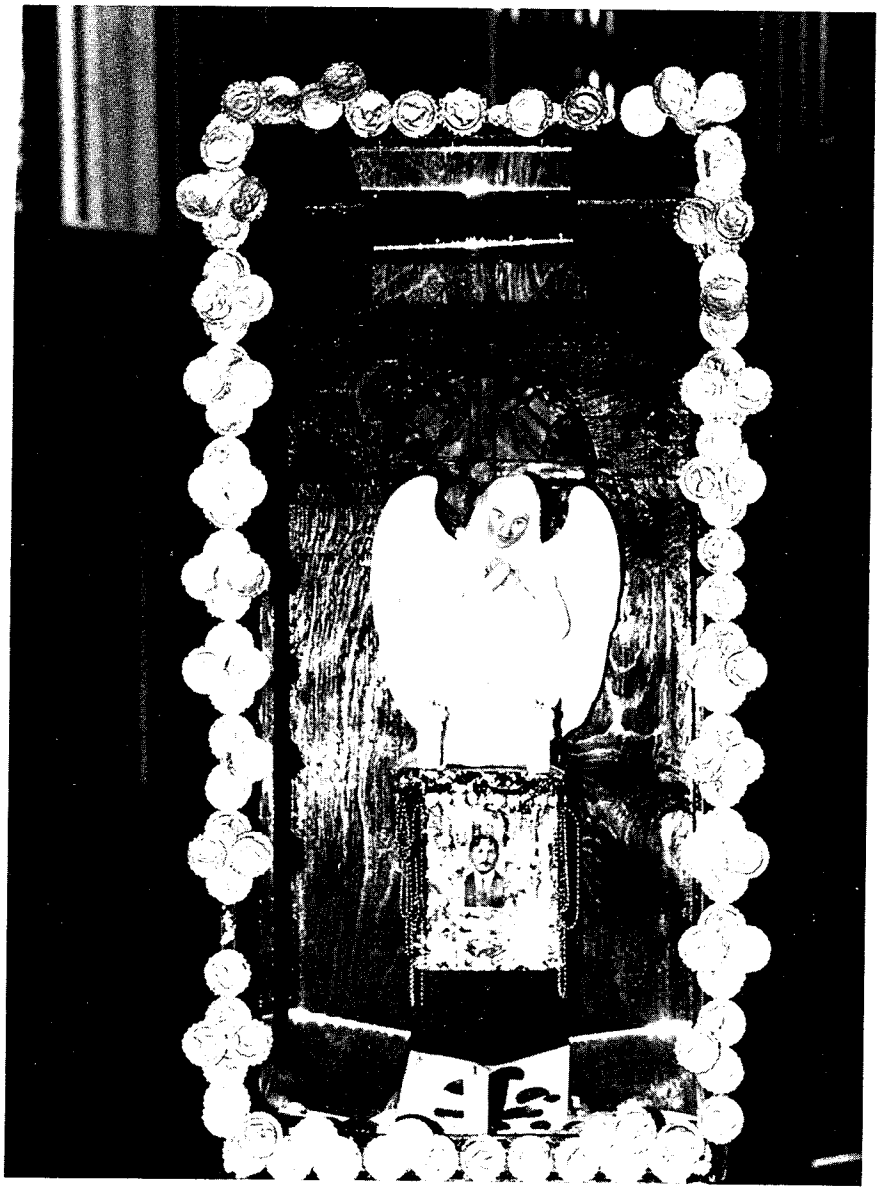
XXIII

Los mejores versos
son los que se olvidan
o los que se anotan
en servilletas estrujadas
en los que la humedad
esconde las mejores líneas.

Mis mejores versos no los escribo,
sólo son papel
los que el recuerdo me deja
y los que se resisten
a ser colocados en hielo fundido.

Oh..., mis versos
se inician en meses impares.

SEGUNDOS PREMIOS



Segundo Premio
Categoría: Escultura
Obra: Si fueras santo
Autor: Francisco De la Mota Sánchez

SEGUNDO PREMIO LITERATURA

CUENTO

Réquiem

Henry Almonte Diloné

El día había sido agotador. El regreso a casa, un auténtico martirio; todavía escuchaba las bocinas del tránsito congestionado en las horas pico del anochecer y los gritos estentóreos de los pasajeros cada vez que el conductor del autobús se desviaba de su ruta original, tratando de evadir la congestión vehicular en las amplias intersecciones de las vías principales de la ciudad.

Percibió entonces que cada desviación del autobús le mostraba una panorámica distinta de la ciudad, su ciudad; sentía que podía llamarla suya, a pesar de los pocos años transcurridos desde que llegó de su pueblo natal con sus escasas pertenencias a cuestas: veintipocos años de edad, un certificado de suficiencia de estudios secundarios y un proyecto de vida en su equipaje.

Así, sintiendo sobre su rostro los impactos intermitentes de algunas gotas de la tenue lluvia que se colaba por las caries que adornaban las ventanillas del autobús en marcha, llegó a la conclusión de que existía una relación directamente proporcional entre el radio de esas desviaciones y el conocimiento que él tenía de su ciudad.

Supo, de ese modo, que los altos edificios de las avenidas primarias servían, entre otras cosas, como pantalla para cubrir la vergüenza de los

barrios marginados; se percató del contraste entre la asfaltada epidermis de esas vías y los cráteres que en ocasiones tenían que evadir para atravesar ilesos las calles marginales.

Constató también los cambios repentinos de la mutable condición humana; el chofer que hablaba emotivamente de sus hijos haciendo caso omiso al letrero de "NO DISTRAIGA AL CONDUCTOR", era el mismo que aporreaba al niño que trataba de limpiar los vidrios en las paradas momentáneas del semáforo; el pasajero que hizo causa común con el chofer gritándole improperios a un automovilista que casi provoca un accidente, es la misma persona que abochorna al conductor porque tuvo que dejarlo algo mas allá de donde él pidió bajarse.

1

Por eso, más que su ciudad, ese era el mundo, su mundo; un mundo que él entendía que no podía cambiar. Sabía, sinembargo, –siempre lo supo –, que él sí podía cambiar; que la felicidad era un estado mental; que podía ser todo lo feliz que se propusiera, fue entonces cuando tomó la decisión dramática de que a partir de ese momento no permitiría que nada ni nadie le robara su alegría.

Recordó entonces sus izquierdosos arrebatos juveniles; la actitud siempre alegre de Nguyen Van Troi; las palabras de Julius Fucik ante el paredón, (frases que tanto lo impresionaron en su adolescencia): "Por la alegría he ido al combate y por la alegría muero, que la tristeza nunca sea unida a mi nombre".

Voy a defender mi territorio - se dijo para sus adentros -; *la proporción exacta que me toca de mi entorno; nadie tiene derecho a robarme mi alegría.*

Ensimismado en estos pensamientos no reclamó los cuatro pesos sobrantes al niño que le vendió un periódico tabloide con las últimas noticias de la tarde en un semáforo aledaño a su barriada; ni se dio cuenta cómo ni cuando empezó a tararear en alta voz la canción de Juan Luis Guerra que, como sedante vespertino, suavizaba las arideces de ese día desgranando coronitas de amor desde la radio.

Definitivamente estaba decidido a que nada ni nadie le robara su alegría.

Ni siquiera el hecho de que vino a darse cuenta que debió apearse del autobús siete cuadras atrás de donde lo hizo; ni la larga caminata de

regreso a casa, ahora realizada con un optimista pretexto de ejercicio físico; ni el hecho de que eso castrara sus posibilidades de jugar al dominó esa noche en la tienda de comestibles de la esquina; ni la posibilidad de haber sido casi atropellado por un motorista que entendió que mas que una indicación de detenerse, la luz amarilla era una invitación a que avanzara.

No me importa que no haya energía eléctrica - dijo en voz baja mientras subía decidido hacia el pequeño estudio del cuarto piso en que vivía, luego de recoger mecánicamente algunos folletos y facturas de su buzón - *después de todo aquí ni hay ascensor, ni hay intercom, ni hay nada...*

2

Los primeros síntomas de vacilación ante el nuevo optimismo que estrenaba surgieron en el momento en que, sumergido en las penumbras del pasillo, trataba infructuosamente de abrir la puerta de su estudio con una de las llaves que llevaba en el bolsillo.

Quizás por eso, traspasado el umbral de su vivienda, no pudo reprimir un grito de impotencia ante el cúmulo de cosas pequeñas que en esas circunstancias cobraban trascendencia: las cerillas que nunca aparecían; las pilas de la linterna que justo entonces se agotaban; la espera desesperante de la bomba eléctrica para ducharse.

Y, finalmente, el !Hágase la luz! Con que la empresa eléctrica estatal premiaba algunas noches la obligada espera del fluido; entonces se repetía el ritual: la alegría repentina porque llegó (y es que a fuerza de costumbre nadie protestaba cuando se iba); el baño rápido ante la posibilidad de que la energía eléctrica se fuera nuevamente (con lo molesto que era quedarse medio enjabonado); las llamadas telefónicas de rigor (con la manía recurrente de marcar el 9 como si todavía se encontrara en su trabajo); la revisión de las facturas por pagar (comprobando contra toda lógica que era posible aumentar el cobro de un servicio inexistente).

No obstante se sentía esencialmente feliz; dispuesto a agotar todos los recursos para que nada ni nadie empañara la legitimidad de su alegría.

Aprovechó entonces ese punto alto de su alegría pendular de modo que completó sus tareas habituales prácticamente sin darse cuenta: la preparación de una cena frugal y el cálculo de lo que comería en su trabajo al día siguiente; el examen de las ropas que usaría; la ropa sucia en la bolsa plástica; la provisión de agua, por si acaso, para sus abluciones matinales;

la revisión de una agenda que casi nunca cumplía, pero que noche a noche elaboraba cuidadosamente.

Era un hombre feliz, dispuesto a ensayar su alegría diariamente.

3

A estas alturas apresuró el paso, auscultó el refrigerador buscando unos improbables cubos de hielo para el infaltable vaso de agua sobre la mesita de noche; manipuló como todo un experto un reloj de pared que alguna vez adquirió en una subasta, de modo que un gallo metálico (que despertaba en él ancestrales instintos asesinos), lo tiraría literalmente de la cama a las 6:00 a.m. como cada día.

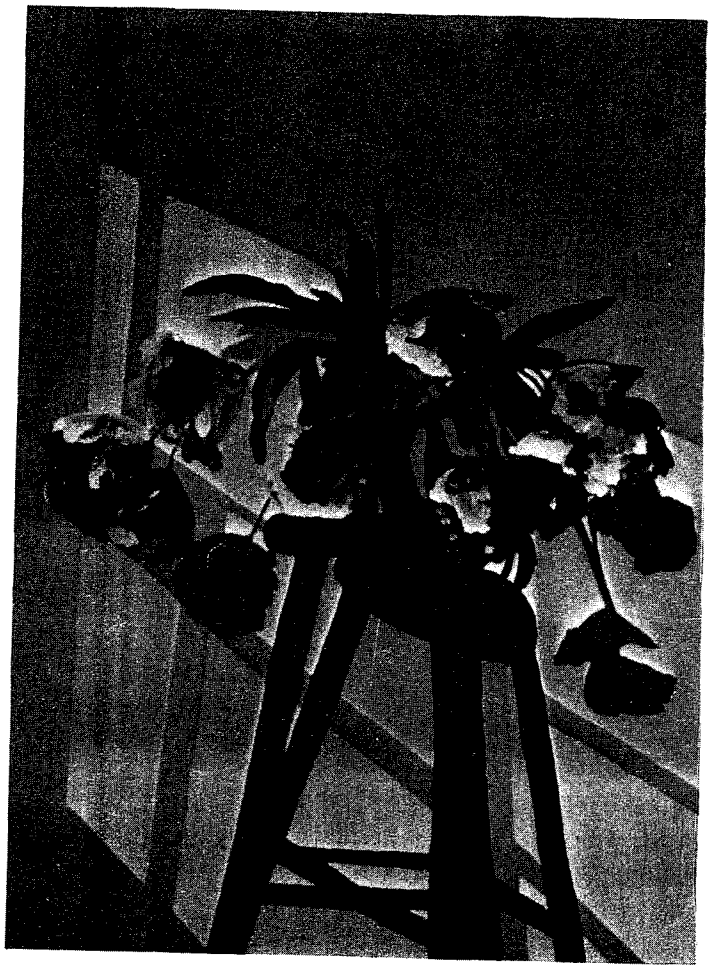
Tenía una urgencia especial por completar su programa de ese día; hacía tanto tiempo que no se sentía de ese modo, alegremente cansado después de una jornada agotadora.

Pensó entonces que esa alegría debía ser la cura de su insomnio y eso disparó su adrenalina; por eso sorbió ávidamente el digestivo que tomaba por las noches, buscó entre las gavetas afanosamente la media de nilón con la que cada noche aplacaba la permanente rebeldía de su pelo, colocó la pequeña lámpara de noche de forma que le permitiera revisar con comodidad las hojas del periódico, echó mano al control remoto con que repasaría los canales locales y los del telecable, desdobló las sábanas, puso su mosquitero... no había tiempo que perder... estaba rabiosamente dispuesto a cerrar ese día con un sello infalsificable de alegría.

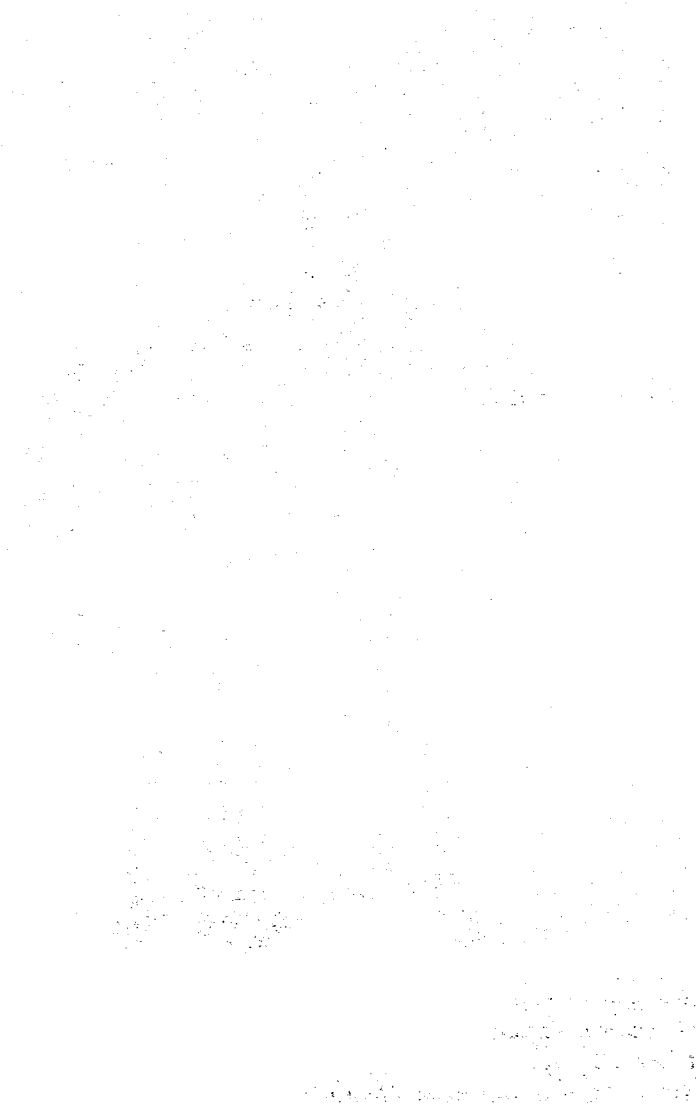
Por un momento su mirada se encontró con otro par de ojos que lo espiaban desde el espejo y se sonrió a si mismo con cierto aire de complicidad; aunque decía no creer en cábalas deslizó sus sandalias cuidando que quedaran en forma de cruz bajo la cama y se metió feliz entre las sábanas.

Se sentía feliz y dispuesto a descansar con placidez; por ello, al desdoblar el periódico y sentirse casi salpicado por un titular que destilaba sangre a chorros, al ver ampliada esas noticias en los tv-informativos de la noche, se reafirmó en el criterio de que nada ni nadie le robaría su alegría.

Por eso sonrió levemente antes de hacer con el periódico una bola roja, encestándola en un viejo canasto de ropa colocado en una esquina; se negó a ver los noticiarios; apagó la tv con su control remoto y se murió plácidamente hasta las 6:00 de la mañana del día siguiente.



Segundo Premio
Categoría: Pintura
Obra: El arreglo
Autor: Maritza Balbuena Alvarado



SEGUNDO PREMIO LITERATURA

POESIA

Serpiente de la Noche

Luis José Bourget García

ELZEVIR

Desde las oscuras senzalas
en montes agrestes inscritas
resuenan los cantos y gritan:
¡Al unísono hemos pagado
tributos y prebendas
almojarifazgos y feudos
contra quienes en vecinas calendas
soltaron de sus jaurías las traíllas
de infestas bestias bravías
que desahuciaran zumaques,
rabotearan ingenios
tras nuestras impávidas huellas!

La noche volvióse refugio
cual jábega de infinitos
encuadros luminosos.
A las penas siguió el llanto

melindroso de los astros
¡Cascada de hiel que cubre
el vientre de la tierra!
musgo que reverdece
las ocres sandalias.

Una sola voz contempla
los ecos derrotados
de caballerías inmensas
al sucumbir sobre afilados
y entornados palos.
¿Cabría esperar la muerte
en estos bosques desolados?
¿No es mejor someterse
a los señores y amos?

Que mil libérrimas almas
escuchen nuestro canto:
no hay vuelta atrás del destierro
cual previeran los trisagios
cuyos himnos rememoran
laureles y victorias
de encarnados seres alados.

Mejor ponderamos el fuego
sobre nuestras desnudas manos
retemplaríamos las penumbras
de territorios extraños
hasta hacer penetrar la lumbre
fulgurante del cáñamo
de la vid, de la estirpe
de nuestros sueños vanos.

Mejor veneramos el suelo
que soporta nuestro engaño
aprisionaremos los frutos
de emancipados ramos.
Marcaríamos la senda

hacia los costeros llanos
hasta abrevar las sales
de sus efluvios sagrados.

No hay vuelta atrás
ni dispensa mordisqueamos
en este atolón de discordia
un solo madero labramos
de rústicas filigranas
y esqueleto encorvado.
Tras la tormenta izaremos
amplias telas y estandartes
sobre los enmohecidos mástiles
bodegas plenas de granos.

Rezaremos al viento
deidad del in-humano,
perforaremos atresias
en farallones y costas,
y levaremos el tiempo
en su costra de sándalo.

Sobre el yaciente océanos
transcribiremos un plano
de borlas purpúreas y rescindibles tramos,
¿Quedará el soberbio impasible
ante semejante reclamo?

No hay vuelta atrás
nuestros ojos vislumbran
horizontes extraños
galerías mazurcas,
en ramilletes, geranios.

La mujer, dormida huye
de su infame pasado
¿No era acaso utilizada
en placeres mundanos?

¿No retenía el señor
sus retoños ansiados?
Juramentos que vuelan
sobre suelo sagrado,
penumbras y miedos se yerguen
unidos en el mismo caldo.
¡Despierta mujer, se hunde
el oscuro pasado!
¿No ves que un cirio enorme
ha sido colocado?
Ilumina tus sueños
queda el temor abrazado.
Sacristán de buenas lides
es el vetusto faro
cual profeta que espera
sobre el peñasco elevado
que su nave destemple
al través del estrecho nevado.

¿Es que esta noche es eterna
que nunca discurre o pasa?
impacientes esperamos del día
recibir su mirada.

DESOLACION

¡Ay! esos oscuros
instantes pasados,
como los ojos, que trémulos avizoran
la ventisca inclemente y fecunda
la llama inagotable y perenne
soplar en el vacío
cual cola de cometa.

¿No habíamos tomado
el discreto camino
que surge de los sueños
para encontrar su destino?

¿No pensábamos ver
un eterno paraíso
en el infinito andar
de asonantes pasos?
Telaraña infausta es,
cual espiga madura
que atraviesa las costas
ansiadas del alma.

LAMENTOS

La torre de la mastaba
¿no es una cúspide floreada?
¿no reverdecen sus colgantes jardines
al llegar la mañana?

Pero la noche ¡Ay!
la mortecina noche
sólo ampara el silencio
profundo del desaliento
trepando peñascos enormes
la luna sale a su encuentro

Vamos a dejar al sol
en su oscuro cenit
Penetremos en la marisma
relumbrante de la noche
¿Cabe esperar orden alguno
del desconcierto febril?
¿Puede el cosmos soportar
la verguenza de su propio peso?

SERPIENTE DE LA NOCHE

Rodar es palabra
mágica en el universo
Casiopea, Cepheus, Auriga...

van rodando una tras otra
a través del viento etéreo

¿Se ha inclinado la noche?
he visto pasar un sueño
rozando su estela multicolor
la espada de los cielos

Rodar es palabra
aciaga en el verso
Taurus, ¡el gran Orión!
se acerca, infinito
toma venganza su sombrilla floreada
tras la tempestad estelar

Rodar es una trágica mirada
escondida tras el tiempo
¿Va o vamos? escapa la existencia
entre los dedos de las manos

REBELIÓN

Esas manillas derrochadoras
que han atrapado fuertes brazos
¿No son las mismas que avizoran
suertes funestas bajo los mantos?

Juegos en las calles, zumban las piedras
se comban los eternos
alambres electrificados
de lides inconclusas y rápidos pasos

¡Oh! Verdad que has visto
llegar arcángeles alados
sueños de victoria
tras los párpados humanos

¡Que los arcos triunfales acompañen
ilusiones y tablados
nobles esfuerzos en vano!

¿Acaso no sucumbiremos todos
más tarde o más temprano?
¿Acaso perdona el viento
las semillas descuidadas,
los sueltos granos?

CASTIGO

Tengo que encontrar algo tuyo en mí
para poder sobrellevar la angustia
de ver encerrado en mi ser
un ángel, una promesa

Debo saber que he perdido
en ilusiones pasajeras
cuyo roce aún percibo
la juventud y la inocencia

O entregar en suspiros
levemente dilatados
la verdad que ha henchido
en los cuerpos, pabellones humanos

Gestos anacrónicos
rodean espacios desiertos
la pasión cede a la burla
sobre membrudos tiestos

¿Has visto despertar las sombras
de infinitos, oscuros letargos?
Envilece la conciencia
sus temores disipados

Algo de tí queda, ausente
¿o es tu voz, que resuena?
Ausculto, temeroso, el vientre
entrañas en mortecino sopor inmersas

PERDÓN

Contigo me he comprometido
Nostalgia ¿traes algo nuevo?
¿No ves que me has cruzado
con doble filo, los recuerdos?

Si dijera que he alcanzado
la absoluta manumisión
de atrapados y ocultos sentimientos

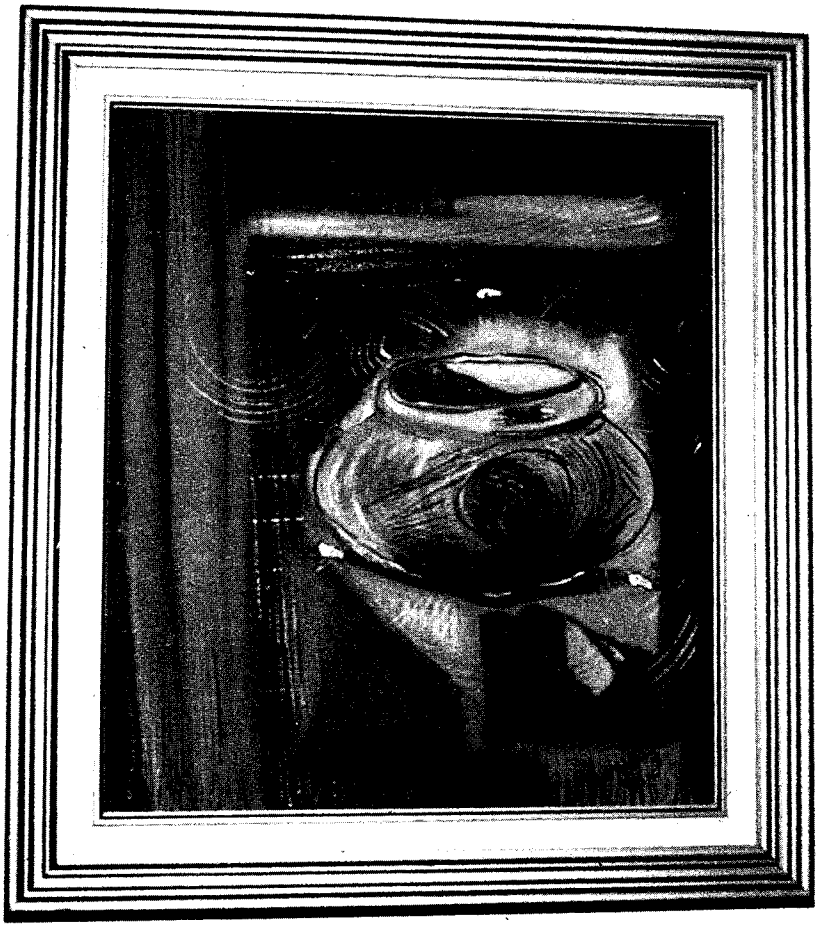
Si encallara, nave cruel
embadurnada, desguazada
exhibiendo el esqueleto
de grandes y curvos maderos

¿Acompañarías el festín
de mis lastimosos huesos
con la verdad indeleble
desdibujada en los cimientos?

¿Traerías, avergonzada
el esperado alimento
el blanco maná trasegado
a los alegres Benjamines?

Ha quedado tu huella
pesada y firme, indeleble
imperecederamente plasmada
en la arena del desierto

TERCEROS PREMIOS



Tercer Premio
Categoría: Pintura
Obra: Jarra Taína
Autor: José Alberto Jiménez

TERCER PREMIO LITERATURA

CUENTO

El esqueleto en el armario de abuela Lucía

Fabiola M. Herrera de Valdez

El último deseo de la abuela fue que no vendieran la casa. Lo recalcaba con tozudez de vieja desde diez años antes de su muerte, y como algo reiterativo a medida que se acercaba su día final. No podía sospecharse al escucharla el terrible secreto que ocultaban sus palabras.

Sus nietas no le hicieron mucho caso, pues realmente no pensaban vender la casa. Todos en la ciudad daban por un hecho que aquella casona permanecería por siempre, incólume en el tiempo, ajena a los efectos de la carcoma, el óxido, las goteras y las alimañas que años después se ensañarían con ella.

Esa noche del incendio, las palabras de la abuela resultaron proféticas. Las nietas contemplaban estupefactas cómo el fuego consumía, sin causa aparente, aquel moderno complejo habitacional levantado donde antes estuviera la casona. No podían saber la historia que nunca les fue contada para protegerlas, pues la abuela tuvo siempre la idea de que la ignorancia sobre ciertos temas daba tranquilidad. No se puede temer lo que no se conoce, decía.

Esa misma noche, el ingeniero a cargo de la obra vio cómo las pesadillas que lo atormentaron durante el año que duraron las obras se hacían realidad, e inexplicablemente, sintió cierto alivio. Al menos no se

amante de la botánica e iniciado en las artes de la naturaleza, poseía fórmulas que trajo de Italia y que probaba y mejoraba para hacer crecer y florecer las especies vegetales más bellas en los ambientes más difíciles.

Edmundo vio en este jardín, en el que había cuevas naturales sin final, el lugar ideal para practicar su terrible pasatiempo sin ser descubierto. Sus víctimas ahora las elegía del cercano ingenio; eran jovencitas que veían en el rubio seductor a un ángel, un semidiós que las atraía como la luz a las mariposas, y que al final, igual que éstas encontraban su fin en sus manos. Nunca nadie reclamó nada. En ese ambiente supersticioso el miedo a lo desconocido era mayor que la indignación y el dolor.

Para el padre, la mudanza a América había tenido un efecto milagroso, pues veía a su hijo menor aparentemente curado, estudioso, cariñoso con su pobre madre, diligente y estable. La verdad sin embargo era conocida por su hermano y su madre, quienes por las noches eran despertados por gritos de auxilio y terror. Fueron incontables las veces en que salían al jardín tratando de encontrar la procedencia de los gritos, buscaban por todas partes, entraban a las cuevas, pero sólo encontraban murciélagos y el denso silencio. Nunca apareció un solo cadáver ni una gota de sangre. La situación iba marchitando cada día más a la madre, quien incapaz de soportar el peso de ese secreto, decidió morir escapando así a una existencia que no fue la que soñó cuando se casó con ese piamontés galante y brillante. Una mañana la encontraron sus hijos en su cama de dosel con el rosario entre las manos y los ojos de nuevo azules mirando al cielo, lívida y fría.

El padre se enteró de la muerte de su esposa una semana más tarde. Cuando llegó de las minas, transido de dolor, era muy tarde para despedirse de ella. Encargó a sus hijos la casona, les entregó su herencia y se enterró en las minas por el resto de sus días. El hijo mayor, lleno de rabia e impotencia, le hizo a su hermano una funesta advertencia: o controlaba sus sádicos instintos o él se encargaría de que no siguiera haciendo más daño al nombre de su familia. Ya había matado en vida a su madre y también a su padre. Él no cargaría solo con su locura. Lo que no sabía era que su madre, que lo adoraba, no se había ido por completo. Su presencia se podía sentir en los atardeceres, su hora preferida, en la amplia galería que rodeaba la casona. Ella fue quien años después descubrió el escondite de su hermano y se lo reveló, pero fue demasiado tarde.

Ya en ese tiempo el hermano menor había dado con la causa del alejamiento de los lugareños de la colina. En una de las cuevas habitaba un ser indefinido, indescriptible. Era -o había sido- una mujer. Su aspecto era

lastimoso, su actitud amenazante. Vivía en esas cuevas como en su propio mundo. Para todos era una loca peligrosa. Para Edmundo fue un apoyo, un consuelo. Luego de la suspicacia inicial, fueron sintiendo poco a poco la inexorable hermandad que une dos almas gemelas, destinadas a encontrarse. En la resaca que le dejaba la sangre, cuando el deseo de suicidarse se hacía inaguantable, sólo en sus brazos hallaba la calma, el refugio de sí mismo. Ella no recordaba o no quería recordar su nombre ni su pasado. También cargaba con su propia historia que nunca le dijo, pero que era susurrada en los corrillos de la ciudad. Nunca tuvieron necesidad de muchas palabras. Era la de ellos una unión extemporánea, sin esperanzas ni alegrías.

Mientras tanto, Federico, de espíritu piamontés como su padre, decidió al fin formar familia. La elegida fue una muchacha alegre y linda, tal como quería recordar a su madre, y contó con el apoyo de ésta a su elección. Provenía la joven de una familia antigua, descendiente de los colonizadores, muy orgullosa de su estirpe y de su nombre. Tenía el pelo rabiosamente negro y los ojos del color del cielo.

El matrimonio se realizó en la Catedral, y asistió lo mejor de la sociedad de entonces. Luego de la ceremonia tuvieron un espléndido banquete de bodas en la casa familiar de la novia. Todo iba a pedir de boca para los recién casados en su fiesta, excepto por un detalle: las miradas hambrientas que Edmundo dispensaba a su nueva cuñada. Ella, disfrutando su felicidad y su belleza, y para dar envidia a sus amigas que suspiraban por el bello Edmundo, lo sacó a bailar una pieza. Él, al tocarla, sintió fuego en la piel. Desesperado y corroído por un ansia para él desconocida hasta ese momento, se refugió en sus cuevas y en los brazos de Providencia, que ése era el nombre de su demente amante y que él nunca supo. La amó contagiado de su locura, pero ella intuyó que había algo más.

Desde ese día, ocurrió el milagro. No tuvo más sed de sangre. Pero su tortura se cambió por una aún peor: era una mezcla de deseo imposible, de amor -que nunca antes había sabido lo que era, y de reverencia enfermiza. Carmen, su cuñada, se convirtió en su reina Ginebra, y él era Lancelot. No sabía qué hacer para satisfacerla. No entendía por qué ella le temía.

No podía imaginar que Federico le había contado todo a Carmen, el terrible secreto, pues supuso que al irse a vivir a la casona ella se extrañaría por los extraños ruidos y gritos en las noches. Sabía que podía contar con su silencio y apoyo para llevar esta pesada carga. Su confesión resultó

apresurada e innecesaria. Jamás, desde la boda, volvió a escucharse nada fuera de lo común por las noches.

Federico y Carmen tuvieron tres hijos. Eran fuertes como su padre y vivarachos como su madre. La abuela Lucía, espíritu joven ido a destiempo, los disfrutó como nadie. Se convirtió en su compañera de juegos, en su benevolente protectora. Eran tres diablillos alegres que como su padre, amaron el jardín desde pequeños, y conocían hasta sus más recónditos rincones. Por su parte, Carmen iba madurando hermosa y serena. Su alegría juvenil se iba transformando poco a poco en una felicidad interior que irradiaba por sus ojos, y que se transmitía a todo el que tenía oportunidad de tratarla. Era realmente una belleza y ésto resultaba inaguantable para Edmundo.

Un tiempo antes, Providencia había muerto en la cueva, de desamor y tristeza. Sabía con certeza lo que Edmundo sentía por Carmen y no podía hacer nada para evitarlo. Su locura fue empeorando. Sus celos lo asfixiaban; ya no era para él el consuelo de otros tiempos, y cada vez la frecuentaba menos. Un buen día, luego de semanas sin ir a visitarla y de meses sin hacerle el amor, la encontró muerta. Ella se preparó un lecho como lo hacía para compartir con Edmundo, con yerbas aromáticas que arrancaba del jardín por las noches; se tendió en él y cerró los ojos, dispuesta a morir. Así la encontró Edmundo cuando un día fue a verla más por remordimiento que por deseo. Así mismo la dejó y no volvió a entrar a esa cueva hasta el día fatídico en que ocurrió la desgracia.

La pasión de Edmundo por su cuñada tuvo a la larga efectos positivos. Como no podía odiar a su hermano, se unió a él tratando de ganar su confianza y aprobación, queriendo borrar el recuerdo de sus atrocidades y con la conciencia negra por el sentimiento que lo atormentaba. Juntos emprendieron fabulosos negocios y levantaron grandes empresas. Federico no podía creer lo que veía, pero daba gracias al cielo por la transformación. Sólo su madre, Lucía, que podía penetrar los corazones, sabía lo que realmente sucedía en el interior de su hijo menor. Angustiada, sabía que algún día ocurriría el desenlace y esperaba, sin poder evitar el destino que intuía.

Los niños de Carmen y Federico ya se hacían hombres, y eran el orgullo de sus padres. Cuando llegó el momento de mandarlos a estudiar a Europa, su padre decidió llevarlos personalmente. También aprovecharía la oportunidad para visitar a sus primos, de los cuales sólo guardaba un vago recuerdo de la adolescencia. Prepararon viaje, y se embarcaron los cuatro

sin saber que acababan de desencadenar un drama de consecuencias insospechadas para todos. Carmen quedó sola en la casona, al cuidado de Edmundo. Con el tiempo había llegado a vencer el recelo que le provocaba, e incluso dudaba de la veracidad de las historias de su marido sobre la vida secreta de su cuñado. Ahora, solos los dos, tuvo oportunidad de compartir con él los desayunos, las cenas y las veladas después de éstas en que ella tocaba el piano y él la escuchaba embelesado.

Qué pensamientos pasaban por la mente de Edmundo, qué lucha interna libró con su conciencia, sólo él lo supo. Le bastaba con mirar a Carmen para que le hirviera la sangre como el día en que por primera y única vez la había tocado al bailar. Se sentía un gusano ante la mujer de su hermano. Pero entonces, sucedió lo inesperado. Carmen empezó a sucumbir bajo un embrujo que no buscó, y que sería su ruina. Tal vez fue la ausencia de sus hijos y del marido de los que nunca se había separado. Tal vez fue por tener por primera vez en veinte años su tiempo para ella, sin nada con qué llenarlo. Tal vez buscar la causa sea inútil, lo cierto fue que Carmen comenzó a amar a Edmundo, con un amor violento, impulsivo, que le ruborizaba las mejillas y la hacía caer en profundas y dolorosas penitencias. No hubo nada que hacer.

Edmundo, incrédulo, se dió cuenta del cambio en su cuñada. Al principio le pareció que se estaba burlando de él. Luego pensó que todo era un sueño. Finalmente, se convenció de lo que su corazón le había confirmado: Carmen le amaba, luchando contra todos los principios y contra su propia voluntad, pero era un hecho.

Al principio no supieron qué hacer con ese amor. Se miraban con fuego en los ojos, y bajaban la vista. Se rozaban sin querer y se separaban inmediatamente como si un rayo los hubiera alcanzado. Se evitaban en los pasillos, en los caminitos del jardín. Era un doloroso compás de espera que se habían impuesto tratando de postergar lo impostergable. Hasta que sucedió. Y se amaron sin prisas y sin prosas, sabiendo que era acelerar su destino.

Esos meses de ausencia de Federico fueron los únicos de paz y armonía perfecta que tuvo Edmundo en su vida. Sabía que todo cambiaría con el regreso del primero, pero no le importaba. Había cumplido su misión, creía haber purgado todas sus culpas y estaba listo para partir definitivamente. La reina Ginebra había caído en los brazos de Lancelot. Carmen no pensaba igual, y mucho menos al constatar que estaba embarazada.

Para ella, este amor había llegado sin pedirlo, y la hija que le nació recién llegado su esposo de Europa, también. No sabía qué actitud asumir, así que decidió preservar su honra ante todo, y recibir a Federico con la sorpresa de su embarazo. Este, encantado con la noticia, no se preocupó en hacer cálculos y al nacer la niña la llamó Lucía, como su madre. Ella, desde su dimensión espiritual, se alegró por lo del nombre y por la actitud asumida por su nuera. Esta niña era tan nieta suya como los otros tres, que al fin y al cabo estaban muy lejos, estudiando en Europa. Además, como ya eran hombres, muchas veces preferían ignorarla pues les parecía un poco absurdo conversar con un espíritu que nadie más que ellos podía ver.

Edmundo fue elegido padrino de la pequeña Lucía. El día del bautizo todos se emocionaron al ver la pequeña en brazos de su tío, al que se le parecía como una gota de agua a otra, pero nadie siquiera osó imaginarse nada. Para todos Edmundo era un ser de otra parte, muy extraño, muy solitario, y hasta sus más persistentes admiradoras desistían al encontrarse con un muro de hielo.

Edmundo dedicaba todo su tiempo libre a la niña, bajo la mirada de indiferente complacencia de Carmen. Entre ellos los encuentros habían terminado luego del regreso de Federico, no por falta de deseo, sino porque Carmen se moría de sólo imaginar que su esposo pudiera enterarse. Fue por esa época que decidió llevar un diario, como una forma de vaciar su alma en el papel que no le reclamaría nada. Este diario, oculto por años en la cueva de Edmundo y luego en un armario de Lucía, fue la pieza clave para entender lo hechos que sucedieron entonces y para conocer un pasado que le había estado vedado a las nietas de Lucía.

La niña Lucía iba creciendo ajena a su verdad, feliz de tener dos papás en la casa, y con la misma belleza casi diabólica de su verdadero padre. Gracias a Dios, fue lo único que heredó de él. Uno de esos atardeceres de lectura de cuentos en las piernas de Edmundo, con Carmen bordando primorosas servilletas en una mecedora, fue que se desencadenó la tragedia que había empezado a urdirse desde el viaje aciago de Federico y sus tres hijos a Europa.

La niña se había levantado y jugaba traviesa con sus cachorros en la galería. Carmen, melancólica, bordaba distraídamente su labor. Edmundo, mirándola arrobado, no pudo resistir y rompió el silencio que de implícito mutuo acuerdo habían mantenido sobre su amor y su hija por varios años. Le dijo que ella lo había hecho el hombre más feliz del mundo. Que sentía que con ella y la niña todos sus terribles hechos del pasado se habían

borrado para siempre. Que quería volver a amarla, que ella era su vida y su razón de ser. Carmen lo miraba estupefacta, con los ojos muy abiertos, pues no sólo lo miraba a él, sino a Federico que había llegado y lo escuchaba con los ojos tan abiertos como los de Carmen.

Federico había sido hasta el momento el padre y esposo perfecto. Lo hubiera seguido siendo si no hubiera sido por Edmundo. Durante sus veinticinco años de casado con Carmen siempre le había sido fiel. Le daba gracias a Dios todos los días por ella, por los hijos que le había regalado, por su hermano reformado, por sus prósperas empresas. Se imaginaba a sí mismo dentro de veinte años más, rodeado de nietos en su vieja casona, cultivando especies raras de flores y cuidado con esmero por su adorada esposa. En ese momento de la confesión de su hermano, su mundo se derrumbó.

Por días no supo qué hacer. Apenas comía ni dormía. Carmen, por su parte, se encerró a llorar en sus habitaciones. Edmundo decidió irse por un tiempo a las montañas con la pequeña Lucía, pero su hermano no lo dejó partir. Le dijo que esa niña era de su esposa y suya y que bajo ninguna circunstancia la sacaría de allí, que se fuera solo. Federico se obsesionó con la pequeña hasta el punto de velarle el sueño sentado en un sillón al lado de su cama. No permitió que Edmundo la volviera a ver. A éste se le resquebrajó la cordura, y comenzó a vagar por el jardín y las cuevas. Se asomaba por las ventanas de la casona a espiar a Carmen y a Lucía. No volvió a las empresas de su hermano. No volvió a entrar a la casa.

Carmen entonces se le enfrentó a su marido un atardecer. Le dijo que era una injusticia su actitud. Le dijo tantas cosas que había guardado en su corazón por años, que se le acabó la voz. Pero en lugar de hacerlo cambiar de actitud, ésto exacerbó aún más a Federico, quien salió al jardín con la firme determinación de poner fin a toda la situación. Encontró a Edmundo sentado al pié de un laurel, con la mirada perdida en el vacío y jugueteando con una florecilla. Era la imagen de la beatitud. Al ver a su hermano, salió de su ensimismamiento y se echó a correr. No presentía nada bueno. Entró a la cueva que en su momento había compartido con Providencia, y a la cual jamás había vuelto desde la muerte de ésta muchos años atrás. Inexplicablemente, aun olía a las yerbas de las que ella hacía el lecho que compartían y en el cual murió.

A tientas en la semipenumbra del jardín, Federico buscaba a su hermano. Sabía que había entrado a una cueva, pero no sabía a cuál. Fue su madre, condolida del sufrimiento y la impotencia de su hijo mayor, quien

lo guió. Sabía que a Edmundo sólo le esperaría una vida de pesares, así que facilitó las cosas. Federico lo alcanzó por detrás y, sin que opusiera resistencia, lo ahorcó con sus manos. En ese momento, el olor a yerbas se hizo más penetrante. Providencia recibía a su amante perdido con sus mejores galas, que él nunca le vió. Ahí quedó el cadáver de Edmundo junto al de Providencia hasta la muerte de Carmen, quince años después.

Carmen había seguido a su marido al jardín. Al verlo salir de la cueva, entró a ésta, con la certeza de que lo peor había ocurrido. Encontró a Edmundo con los ojos aún abiertos. Los cerró con sus labios, lavó su rostro con sus lágrimas. Estuvo horas con su cabeza en su regazo, acunándolo. Providencia la miraba impaciente, deseando que se marchara. Carmen se fué, pero regresó días después con su diario, que acababa de terminar. Para ella la vida había terminado y no había nada más que escribir. Lo colocó en un cofre de plata al lado de su Edmundo, y no le importó la presencia de Providencia. Miró largamente a su amante y salió de la cueva para jamás volver a entrar a ella. Hizo luego tapiar la entrada, y plantó ella misma con sus manos un rosal que creció exageradamente hasta cubrir toda señal que hiciera pensar en una cueva. Fue podado años después por Lucía cuando, por instrucciones de su madre que se sentía morir, le preparó en esa cueva su última morada, junto a su padre verdadero.

La niña Lucía fue creciendo con Carmen y Federico. Su desde entonces lánguida madre, su anciano y ensimismado padre. Sus hermanos mayores venían de Europa cada dos o tres años, pero ya habían hecho su vida por otros mares. Se habían casado y tenían familia.La niña, por su parte, construyó un mundo mágico en el jardín. Ella era una princesa y su príncipe era su tío Edmundo, cuya ausencia aún le extrañaba. No logró explicarse jamás cómo pudo irse sin despedirse de ella, y las vagas respuestas de su madre a sus preguntas sobre él, solamente acentuaban en su corazón la certeza de que algo muy malo le había ocurrido.

Pasaron los años y una mañana Carmen amaneció mal. Sabía que su hora ansiada había llegado. Tenía varios meses soñando con Edmundo, y sentía que llegaba el momento de estar juntos de nuevo. Llamó a Lucía junto a su cama, le tomó las manos, y sin prisa pero sin detenerse le contó toda la verdad sobre su padre. Le dijo que si quería saber más buscara su diario en el cofre de plata en la cueva tapiada, y que de paso preparara el lugar para que la enterraran allí. Edmundo la esperaba.

Así lo hizo Lucía, aún sin captar la profundidad de lo que su madre le había confesado, y siguiendo sus instrucciones abrió la cueva. Allí

encontró a su padre, y un poco más allá otro cadáver para ella irreconocible. Lo hizo mover a otra cueva interior, y dejó el lugar al lado de Edmundo para colocar a Carmen. A Providencia no le gustó nada el cambio, pero no tuvo más remedio que aceptarlo, aunque rumiando en su interior su despecho y esperando el momento de vengarse. Lucía se llevó el cofre de plata, lo abrió, y en una sola noche leyó el diario completo. Era demasiado para su sensible corazón, así que decidió olvidarlo para siempre en el doble fondo de un armario y no hablar nunca de él ni de su contenido a nadie. Le turbaron la profundidad y la intensidad de los sentimientos de su madre, y se hizo el propósito de no pasar ella por esa angustia.

Un lluvioso mediodía Carmen partió de este mundo. Federico, que desde que mató a su hermano no había logrado que Carmen lo aceptara de nuevo, sintió que acababa de pagar por lo que hizo. Ya estaba en paz. Al finalizar los funerales se marchó a Europa donde sus hijos, dejando a Lucía en la casona y dueña de todo, y no volvió jamás. Olvidó la isla perdida en el Caribe, la casona en la colina, el jardín, las cuevas, a Lucía, a Carmen y Edmundo, todo.

Lucía, cuya mente fantasiosa le impedía ver el lado práctico de la vida, se sintió perdida, con su castillo de naipes de nuevo destruído por el suelo. Por ésto, no pasó mucho tiempo sin que sucumbiera a los requerimientos de un amigo de su padre, don Carlos Mendoza, un viudo quien fue su soporte en los tiempos de la muerte de su madre, del descubrimiento de la verdad y de la ida de Federico. El se había encargado de los negocios y de la enorme fortuna de la familia. Segura de no tener otra opción se casó con él, en una boda muy conveniente para ambos. Ella adquiría un esposo que la cuidaba y adoraba y al que no tenía que querer apasionadamente, además de que se encargaba de los asuntos -desagradables para ella- de dinero, y él adquiría para sí una joven esposa, preciosa y frágil como una porcelana, a quien exhibir y admirar hasta el fin de sus días. Además, con una gran dote. Tuvieron un hijo al que llamaron Edmundo, en honor a su atormentado e infeliz abuelo.

Como la vida tiene leyes inexorables, don Carlos murió de un infarto fulminante dejando a Lucía sola de nuevo, con su hijito. Aún estaba joven, muy joven, pero no quería más sorpresas en su vida. Consideraba que ya había tenido suficientes, así que se dedicó en cuerpo y alma a ese niño hasta hacerlo un hombre de bien. Quería borrar la maldición de sus padres, y en principio lo logró. Edmundo se hizo un médico brillante, y ejercía en los Estados Unidos. Era la época de los Beatles, de los hippies y de la

revolución sexual. Este Edmundo, tan distinto del otro, su abuelo, tenía la cabeza fría de su padre, don Carlos, y la madurez precoz de los hijos cuyo padre se va a destiempo y que tienen que ser apoyo de sus indefensas madres. Gracias a la carrera que eligió pudo escapar justo a tiempo de la dominación y manipulación maternas, y para cortar aún más con un pasado que sospechaba muy complejo, casó con Dorothy, una compañera de labores del hospital donde ejercía.

Dorothy provenía del frío noreste americano, criada bajo los rigores de los vientos de los grandes lagos, donde hay poco tiempo para perderse en sueños y fantasías; por esto, era una mujer práctica, médico al igual que su marido Edmundo, y con una mentalidad abierta como se estilaba en la época. Tuvieron dos niñas, Lucille y Elizabeth, con un año de diferencia entre ambas. Por ésto, se criaron casi como hermanas gemelas. Sus temperamentos eran sin embargo agua y aceite. Mientras Lucille era el retrato de su madre, muy independiente, muy decidida, Elizabeth era toda dulzura, y vivía en una constante búsqueda de aprobación.

Edmundo y Dorothy eran felices. Compartían el amor por su profesión y por sus hijas. Cuando éstas ya estuvieron lo suficientemente grandes para quedarse al cuidado de unos tíos, hermanos de Dorothy, la pareja, decidió tomar las vacaciones que tanto habían pospuesto. Sería un crucero por el Mediterráneo, saliendo desde España.

Empacaron sus maletas; las niñas y los tíos los llevaron al aeropuerto. En su excitación por quedarse solas sin sus padres, como niñas grandes, no pudieron sospechar la tragedia que les acechaba. En el noticiero de la noche los tíos escucharon la increíble noticia: el avión en que iban Edmundo y Dorothy había caído al mar. No hubo sobrevivientes. La conmoción de las niñas fue terrible. Ya podían comprender la magnitud de lo que se les venía encima, pero nunca sospecharon que su lejana y caribeña abuela las iría a buscar para llevárselas a vivir con ella.

Lucía, muy a su pesar, había sido relegada por su hijo a un lugar secundario en su vida. Esto la hacía enfurecer y le echaba, como es natural, la culpa a Dorothy, esa extranjera fea, pecosa y desarraigada, que se robó a su hijo. En realidad Dorothy era una eminencia en su especialidad, y no era tan fea como decía su suegra. Al irse Edmundo a los Estados Unidos, Lucía quedó sola en la casona. Pero ahora no era como la primera ni como la segunda vez. Ya no tenía deseos de ocuparse de la casa -en realidad no sabía cómo hacerlo-, y estaba demasiado cansada de tanto vivir imaginándose fantasías y cuentos de hadas, como para ocuparse del

inmenso jardín. Por todo eso, la casa se le fue cayendo encima, el jardín la fue arropando, y ella no se enteró de nada.

El día que vio en la televisión el accidente de aviación que le costó la vida a su hijo y su nuera, no sabía que ellos iban en ese avión. Lo supo cuando escuchó en el teléfono una voz con fuerte acento que le informó lo que ya creían que ella sabía. Lucía en ese momento levantó los ojos al cielo, como hizo su padre Edmundo el día que su hermano Federico lo mató, y se preguntó cómo la maldición de sus padres la había saltado a ella y caído sobre su hijo adorado. Pensando con cordura y lógica, cosa rara en ella, decidió ir por sus nietas, esas pobres niñas que apenas había tratado y que no hablaban español, para traérselas a vivir en la casona; así tendrían una buena educación y no serían como esas locas americanas que veía en las películas, se dijo.

Compró su boleto de avión, dejó a sus sirvientes encargados de remozar un poco la casa y despejar el jardín, para las niñas, les dijo, y marchó a un país en el que nunca había estado ni le había interesado visitar. Ella daba sus propios viajes a países fantásticos de su imaginación, y nunca tuvo deseos de conocer los reales.

Cuando, después de varios pequeños contratiempos ocasionados por su inexperiencia logró llegar a su destino, sintió un escalofrío ante las caritas perdidas de sus nietas: la mayor, Lucille, una mezcla firme de su hijo y Dorothy. La otra, Elizabeth, era como verse a sí misma cuando pequeña, cuando jugaba con sus perros en la galería de la casona y su padre Edmundo le leía cuentos mientras Carmen bordaba primores en Richelieu. En ese momento, sintió que ya tenía de nuevo un motivo para vivir. Era una mujer aún joven, de menos de cincuenta años, y sacaría fuerzar para criar y educar sus dos nietas. Ellas serían su compañía en la vejez, y las herederas de todo lo que poseía. Ni corta ni perezosa, les empacó sus pertenencias y abordaron el primer avión de regreso a su isla del Caribe.

Las niñas recuerdan ese momento de su cambio de vida como un remolino que las envolvió y las sacó de su ambiente, de su entorno, para lanzarlas a lo desconocido, donde su único asidero era una abuela que sabían tan perdida como ellas, con una anticuada melena rizada aún rubia, unos espejuelos pasados de moda y un sombrerito como nadie los usaba ya. Decidieron de mutuo acuerdo ayudarla a ayudarlas, pero sin que se diera cuenta para no herir su amor propio.

Al llegar a la casona, en la que habían estado una vez siendo apenas dos bebitas, su primera impresión fue de asombro. Aquello les pareció un

castillo antiguo, rodeado de un bosque impenetrable. No creían que nadie pudiera vivir allí. Sin embargo, esa casona se convirtió en su entrañable hogar hasta la muerte de la abuela Lucía, cuando no tuvieron el valor ni el deseo de hacerse cargo de esa propiedad y desoyendo las advertencias de la abuela, decidieron venderla.

Lucía les dio a sus nietas una vida de princesas. Ella misma rejuveneció, se integró a la sociedad, frecuentó amistades e incluso tuvo enamorados. Realmente no los necesitó, pues su fértil fantasía suplía todo el romance que pudiera hacerle falta. Las niñas se fueron adaptando poco a poco, y aprendieron a querer a esa abuela medio distraída pero llena de amor y devoción por ellas. Aunque las separaban dos generaciones, se llevaban a las mil maravillas, especialmente Elizabeth, que tenía su misma tendencia a la fantasía y a la distracción. Lucille era más práctica, y siempre fue líder en sus clases y grupos de amistades. Las dos fueron creciendo en gracia e inteligencia, entre los vetustos muros llenos de historias de la casona.

Elizabeth, desde su llegada, presintió cosas ocultas, que la desvelaban de noche. Se lo decía a Lucille, pero ésta se burlaba y le decía que se estaba pareciendo cada día más a la abuela. De hecho, la tatarabuela Lucía aún vagaba por las estancias y corredores de esa casa que construyó su hijo Federico y que fue su tranquilo mausoleo. Pero eso Elizabeth no podía saberlo pues su abuela no se lo dijo jamás. Consideraba que ya era suficiente sufrimiento la pérdida de sus padres como para llenarles las rubias cabecitas con historias terribles de sangre, fraticidio y trágicos amores.

Las niñas se hicieron adolescentes y luego jóvenes mujeres con sus metas bien definidas -cada una a su manera, claro está-. Lucille estudiaba Medicina, igual que sus padres, y Elizabeth hacía una carrera corta con el fin de terminar pronto y casarse con un joven ingeniero llamado Esteban, descendiente de italianos como la familia de su abuela Lucía. Esta, por su parte, hacía rato que no estaba en espíritu con ellas. Vivía perdida en mundos irreales, llamaba a su hijo, a su madre Carmen y a su padre Edmundo. Se incomodaba al no obtener respuesta. Con la única con quien podía sostener una conversación como Dios manda era con su abuela Lucía, por quien llevaba su nombre y que desde niña jamás la abandonó.

Así las cosas, le llegó el momento de partir. Ella lo supo con tiempo de arreglar sus pertenencias, se acicaló, se rodeó de sus perros, otra constante en su vida, y muy compuesta abandonó el mundo de los vivos no

sin antes advertirles a sus nietas por última vez que no vendieran la casona. Sus nietas la lloraron con sinceridad, y, pese a sus deseos de ser enterrada en el jardín, Lucille y Elizabeth decidieron hacerlo en un cementerio, como todos los mortales. Además, era tanto el papeleo burocrático para obtener el permiso de hacerlo en el jardín, que desistieron de la idea por temor a que el cadáver se estropeara antes de poder ser enterrado.

Meses después, ordenando las pertenencias de su abuela, encontraron en su armario un viejo cofre de plata cerrado con llave. Aunque la curiosidad las acicateaba, no tenían tiempo de ponerse a forzar la cerradura. Lo metieron en una caja, con otros recuerdos que les parecieron valiosos, y la llevaron a un depósito. La prisa se debía a que el novio de Elizabeth, el ingeniero italiano, había tenido una idea excelente sobre un proyecto a construir en la colina, para lo cual habría que derribar la casona. Lucille y Elizabeth no había querido vender la casona, pero luego de la muerte de la abuela Lucía se hacía imposible habitarla. Cada día se rompía algo, aparecía una nueva alimaña, o se caía un pedazo del techo a causa de las goteras. Si se hubieran detenido en el cofre y su contenido, este proyecto no les habría parecido tan bueno. Pero se vivía con demasiado ruido en la ciudad, que ya arropaba la casona, como para escuchar las advertencias del vetusto espíritu de una tatarabuela muerta en el siglo pasado. Así, se dió inicio al desenlace de una historia antigua que estaba deseosa de terminar, y que les costaría muy caro a todos los protagonistas.

La noche del incendio, estaba Elizabeth en el apartamento que compartía con Lucille ordenando las cajas con las cosas que llevaría a su nueva casa, pues pronto se casaría con Esteban. Entre ellas estaba el cofre de plata de la abuela. Decidió buscar un alicate y romper la cerradura. Esperaba encontrar algunas joyas, recuerdos de infancia y cosas por el estilo con que alimentar su mente ávida de fantasías y romances. Encontró más que eso: la historia de su familia paterna, del puño y letra de su bisabuela Carmen, la española, y fotos de ella, de su esposo Federico, de su amante Edmundo y de su hija Lucía. Al ver a esta última, se le engranojó la piel: era ella misma, cuando niña.

Al leer el diario, sintió un terror en su corazón y la certeza de haber cometido un sacrilegio terrible. Ahí estaba la explicación de los esqueletos encontrado durante las excavaciones para la construcción, de los muchos que había en la cueva grande, y de los tres que estaban en la cueva tapiada, detrás de los rosales de abuela Lucía.

Llamó a su novio, Esteban, y sin percatarse de la hora, le contó a borbotones lo que había acabado de leer. En ese momento, llamaban a Esteban por otro teléfono: el proyecto estaba siendo consumido por un incendio atroz. El, Elizabeth y Lucille se apresuraron a la colina. Ya los bomberos habían llegado y luchaban contra las llamas, pero Elizabeth pudo ver, descubierta por las columnas de agua y los potentes reflectores, un figura etérea que se elevaba y escapaba hacia la oscuridad. Reconoció, sin nadie decírselo, a su tatarabuela Lucía que huía atolondrada ante tanto jaleo, y la llamó. En ese momento tomó la decisión, sin ayuda de su hermana, de llevársela a vivir con ellas.

Al otro día, los periódicos daban la noticia del fuego atribuyéndolo a causas eléctricas. Tanto Lucille como Elizabeth y Esteban sabían que no había sido así. La tatarabuela Lucía les contó que Providencia, enojada por la perturbación de su sueño, había decidido vengarse y había incendiado el proyecto como en vida había hecho con la casa de sus padres, calcinándolos dentro. Sólo que esta vez el único que resultó ligeramente chamuscado por el fuego fue el sereno que cuidaba la construcción, y porque no pudo despertarse a tiempo de su plácido sueño.

TERCER PREMIO LITERATURA

POESIA

Tres poemas

Octavio Amiama Castro

PATRIA

Patria,
Patria-rosa,
Patria-espina a veces
Patria viajera que llevo a todas partes
Patria pequeña, manuable, prodigiosa.
En su recuerdo se abona mi canto,
canto de caña, de tambores y sangre,
canto que no cae en la zafra del tiempo
canto hacia arriba en el humo del recuerdo.

Patria,
Patria-grata
Patria-amarga a veces
desde la infancia donde se entronca mi canto
canto de Navidades, de tiernos brazos
que nos iniciaron en la seda del tacto
que restañaron las esclusas del llanto.

Patria,
Patria-espíritu,
Patria-animal a veces
En tus días se definió mi instinto,
supe el amor capaz de la abstracción más pura,

supe sentirme señor sobre la yegua dócil
supe sufrir la copa que esquivara mis labios.

Patria,
Patria-yunque,
Patria-sepulcro a veces,
Vi nacer la amistad y morir el amigo
vi la libertad ya muerta y vi morir por ella,
vi la historia anudada sin la espada que rompe.

Patria,
Patria-yunque,
Patria-sepulcro a veces,
Vi nacer la amistad y morir el amigo
vi la libertad ya muerta y vi morir por ella,
vi la historia anudada sin la espada que rompe.

Patria,
Patria-canto,
Patria-gemido a veces,
Patria toda que lloras en mis brazos,
Patria hecha del primer amor un poco,
del más amado juguete,
de la última cena con el pariente muerto,
de las calles sabidas
y el polvo de la escuela.

Patria,
Patria-mía
Patria-asta
dolorosa del pendido.

Patria-cuna,
Patria-Cárcel a veces,
alegría de los días, terror de los días
placer y dolor de sus noches rosas.

Patria también cuando rabia el viento

Patria rutilante, mi luna-eucaristía,
Patria-frutal, latitud de oro.

Patria, mi patria,
terrible y amada, doliente patria mía
Patria ajena a veces
Patria a veces bandera.

AFILIACIÓN DEL SER

Al amigo Miguel Paz Bonnels

Afíliate al amor y sus encantos,
trasplante del jardín crecido en nuestra sangre,
inundación de miel de un río sin cauces
en la escondida esclusa de las almas.

Afíliate al llorar, hermano mío,
cuando veas golpear a tus hermanos y haz de cada lágrima un puñal
para retar a la maldad humana.

Afíliate a la vida,
compañero en la ordalia
de ser el lumen o la nada,
que el día te llene con su invasión sagrada
que el sol inunde tus epitelios interiores.

Afíliate a la muerte, camarada
espérala hoy, en la noche o mañana, que tus huesos estén prestos
en su viviente vocación de rosa o llamarada.
Que el músculo del mar en sus vaivenes
tenga de ti la textura de su estridencia loca.

Afíliate al total, hermano eterno
a la redoma absoluta de la nada.
La galaxia que ronda los balcones del éter,
la luz de los astros que desde el tiempo deslumbra

no son nada sin que estemos nosotros.

El furor, la hermosura, Dios, el mundo todo
incoloro fenómeno invisible
sin la conciencia del ojo y del espanto.

TIMÓN ADENTRO

A Erwin Walter Palm y su esposa Hilde Domin

Este verano mustio en que la lluvia insistente
pone en contacto mi piel con el sudor del infinito
pienso hacia atrás el tiempo que cabalgué en mis sueños.

Las esquinas dormidas de mi ciudad de piedra
florecen a mis ojos y se pueblan de pronto
de comendadores de hierro y amazonas cacicas
con irisados pajuiles injertados en sus testas.

La cruz colega de la espada y la lanza
que implantara una fe absolutista en el mundo
erguíase solemne cual un horca bicéfala
y piratas sangrientos, hediondos a ron y salado tasajo
tejían la leyenda en enmascaradas caletas.

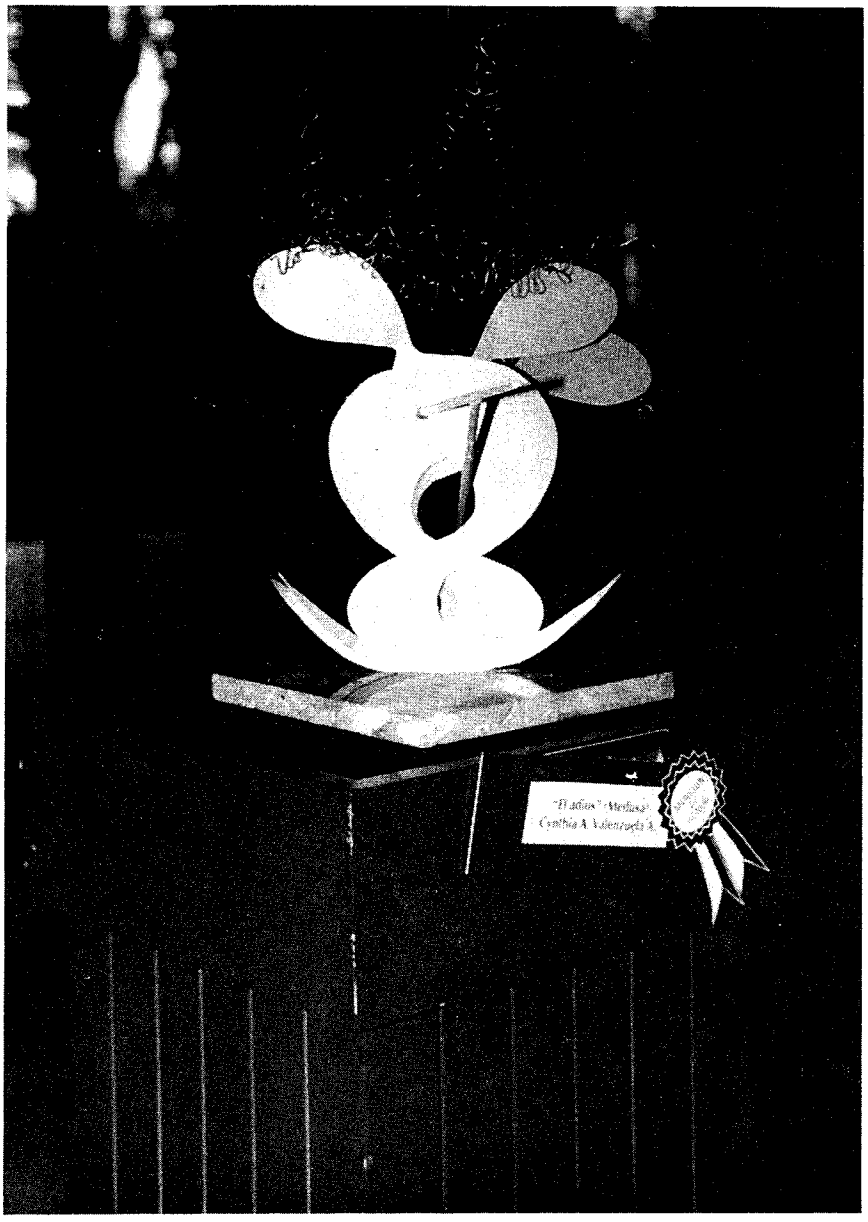
El negrero que asola las costas inocentes
buscando un motor negro que impulsara el progreso;
las dueñas de airado polizón con la sospecha eterna;
las infantas pálidas que solo amaban a sus maridos por el tacto;
los aromáticos trapiches en la molienda del capitalismo niño
forman una tropa que me divierte y transporta.

Viejo es el dolor, ¿oh mi lector curioso?
Se han perdido sus huellas. ¿Estarán quizás
en las piedras simétricas de la primera calle,
en la mirada rojiza de la cocinera negra,
en el ombligo deforme del niño proletario?

El crimen erigió las grandes catedrales
sudor y sangre hay en el estuco de las graves audiencias...
¿Quién arrojó al primer guante de esta vieja querella?

¿Quién la primera piedra?
El que sepa que hable o calle para siempre.

MENCIONES DE HONOR



Mención de Honor
Obra: El adiós
Autor: Cynthia Valenzuela

MENCION DE HONOR LITERATURA

CUENTO

El sueño de Elena

Autor: Pedro Julián Atiles Nin

Elena veía caer la lluvia con displicencia. Sus veintidós años en aquel pueblo sin vida, sin alegría, sin hombres, mataba sus esperanzas de llegar a tener alguna vez una existencia mejor. Bueno, hombres había, pero eran toscos, ignorantes, sucios. Su padre, entrado en años, constituía su única obligación. Si Elena no se había marchado en busca de otro destino, se debía a que dejar solo al anciano equivalía a matarlo. ¿Quien cuidaría de él? Es cierto que tenían una muchacha que ayudaba en el servicio de la casa, pero prácticamente carecía de la voluntad, y sobre todo, del amor que necesitaba el cuidado del pobre viejo.

Seguía lloviendo. Con sus ojos fijos en el vidrio que cubría la ventana frontal, Elena suspiraba, mejor, soñaba con quien se acercara a ella tiernamente y la hiciera suya entre caricias y palabras de amor. De pronto un ruido extraño la sorprendió. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie, ni siquiera un animal que pudiera haberlo provocado. De nuevo penetró en la soledad de su entorno.

Elena, joven y hermosa, de cuerpo esbelto y bien formado, cabello rojizo, senos firmes, anhelaba volcarse en los brazos de un hombre que la venciera en los dulces juegos del placer. Aquella tarde su padre hacía una de sus infrecuentes visitas a la finca, y la doméstica tenía su día

libre. El deseo que ponía tensas las blancas carnes de Elena se venía repitiendo en los últimos meses, y ella no sabía como detenerlos en aquel campo solitario.

Otra vez fue perturbada por el ruido. Abandonó la ventana y examinó su habitación, la del padre, la cocina, ¡pero nada! Comenzó a intrigarse, aunque sin sentir temor. Terminó por no darle importancia a los extraños ruidos, y se arrojó sobre su cama, colocándose la almohada sobre los ojos, y permaneció así durante un tiempo sin dimensiones. El silencio era total. Cansada de la quietud y la almohada, apartó ésta de su rostro. Fue entonces cuando su miedo se expresó en un grito penetrante: frente a ella se hallaba un joven de extraordinaria hermosura, sin vestidura que tapara su cuerpo totalmente desnudo.

-No tengas miedo, Elena. No voy a hacerte daño. ¿Sabes quien soy? No creas que es locura lo que voy a decirte, pero quien está ante ti, sin vestido y sin la gracia divina, era hasta hace poco tu ángel guardián. ¿Conoces la leyenda divina? En Génesis 6:1-4 del Antiguo Testamento leerás que soy de los ángeles rebeldes que nos rendimos ante la irresistible belleza de las hijas de los hombres, y cuando uno de ellos enloquece de amor, como yo por ti, la Gran Voluntad lo arroja de su reino y lo condena a adquirir hasta el día de su muerte corporal la forma humana. Además la inocencia se escapa por supremo designio de Dios. Te amo tanto que he decidido correr el albur de escaparme para siempre de las aladas regiones celestes. Ahora, ya ves, no sé que pedirte, si alguna ropa de tu padre que cubra mi desnudez, para no seguir ofendiéndote, o el despojo de la que cubre tus formas impecables y sensuales, para que el Amor nos una con lazos terrenales.

Elena estaba perpleja. Las dulces y musicales palabras pronunciadas por aquella visión celestial eran tan arrobadoras, y sus deseos de viriles ternuras tan irreprimibles, que no supo qué decir. Su mutismo se prolongaba y su temor cedía. Entonces el ángel intentó un acercamiento, se sentó a su lado, en el borde de la cama, y con el armonioso acento de su voz, imploró:

-Elena, mi sangre, porque ya tengo sangre, y mi corazón, que ya lo tengo también, circula y golpea esta materia ahora viva y perecedera que el pecado me ha concedido.- Se detuvo, no quería lastimar su pureza con frases torpes, y contuvo con obligado recato el ardor que incendiaba su nueva contextura biológica. Sin embargo, se atrevió a rozar delicadamente sus pantorrillas, y animado por la inmovilidad de

ella, poco a poco fué ganando terreno, hasta perderse una de sus manos en la parte alta de sus muslos.

La lluvia seguía cayendo, y la penumbra de la tarde comenzó a anunciar la proximidad de la noche. El conocía la vida intima de la mujer que le había tocado proteger cuando lo animaba la esencia divina. El padre de aquella seductora criatura podía llegar de un momento a otro, y dados sus años, no resistiría el episodio de una fuerte escena de amor. Sin pensarlo, aquel personaje de las alturas, caído en desgracia por la tentación de las hijas de los hombres, decidió actuar. Le desprendió suavemente el vestido, y ya desnudos los dos, comenzaron a configurarse en todo su esplendor el sueño de Elena y los irrefrenables deseos del ángel.

¡Aleluya! ¡Aleluya! , repetían con acento celestial miles de voces venidas de lo alto.

Mención de honor
Obra: Desde el balcón
Seudónimo: La Gaviota
Autor: Sheyla C. Hernández Concepción

MENCION DE HONOR LITERATURA

CUENTO

Un encuentro feliz

Eduardo Rodríguez P.

Erase una vez, había en un bosque un gusanito llamado OCHO, nombrado así por la curvatura de su cuerpecito, que vivía encantado en su habitat lleno de árboles verdes y paseándose feliz de rama en rama.

En su recorrido por el bosque se encuentra con un sapito saltarín llamado MAQUIN que transitaba por el lugar en busca de conocer un nuevo habitat que le proporcionara mejor ambiente para disfrutar de la naturaleza.

En su paso el sapito cantaba, saltaba haciendo alarde de su agilidad y destreza en el salto y el movimiento.

Mientras caminaba se detiene un momento a descanzar y a observar el verdor y la belleza del panorama, en eso se le aparece el gusanito OCHO y le dice: – Hola! Quién eres? Y qué haces por aquí?

El sapito en tono amistoso le contesta: – pues yo...yo me llamo MAQUIN y ando por aquí haciendo una exploración de éste hermoso bosque, y tú?

– Yo vivo en éste bosque disfrutando de la compañía de los árboles, las aves, las mariposas, las hormigas, etc. ... refiere el gusanito.

Más tarde, el gusanito le dice: sabes Pocholo que .....

– ante ésto el Maquín le interrumpe y dice: – no! No! Yo no me

llamo Pocholo yo me llamo MAQUIN oíste M - A - Q - U - Y - N, a lo que el gusanito responde:

– ah! Perdóname Maquín, te quiero decir que tengo aquí muchos amigos con los cuales comparto mis días y me hacen muy feliz, todos los animales del bosque son mis amigos, aunque a la culebra le tengo un poco de temor porque un día me iba a pisar.

– Tú ahora eres mi nuevo amigo y te doy la bienvenida a éste bosque encantado, que sé te va a gustar.–

– Interviene el Maquín diciendo: – a mí también me gusta tener amigos y precisamente ando por aquí buscando tener más amigos para compartir.

El gusanito lo mira con mucha atención subido en la cima de una flor y le dice: – pues me siento muy contento de que estés por aquí, ya verás que serás muy feliz viviendo con nosotros, a mí al igual que a tí me gusta hacer amigos.

– Oye Maquín te invito a una competencia – dice el gusanito. A lo que Maquín responde: en qué consiste esa competencia?

– Bueno que tú y yo vamos a competir al que llegue primero a ese arroyuelo que vés allá, primero iremos para que tú conozcas el camino y luego hacemos la competencia– refirió el gusanito.

Está bien! Acepto – dijo entusiasmado el sapito a lo que apunta CROAK....CROAK....CROAK. – Yo llegaré primero que tú pues mis saltos son más rápido, mientras tú tienes que ir arrastrándote.

– No te preocupes que yo también soy ágil y ya verás, dijo OCHO mientras pensaba: Hum! Hum! Este cree que me va a ganar pero yo soy más listo que él, haré un atajo por aquí.

Al partir Maquín, a OCHO se le ocurrió subirse en una hoja de un árbol cercano al arroyo que él sabía que lo conduciría al mismo. Comenzó la competencia entre ambos, cada uno entonces inició su carrera para llegar a la meta, el gusanito OCHO se subió en una hoja que lo deslizaría al arroyo, pero en su intento resbaló lo que para su sorpresa le provocó un retraso en la competencia.

Por otra parte se oía decir: Uhf! Uhf! .. que cansado estoy expresaba el sapito Maquín al llegar a la meta.

Después de esperar un largo rato se pregunta y OCHO dónde está que no ha llegado?, el Maquín siguió esperando hasta que decidió ir a buscarlo, al verlo se sorprendió y le preguntó que había ocurrido.

– A lo que el gusanito contestó con mucha pena: quise hacer trampa y me falló el plan.

El Maquín, le dijo – OCHO no era necesario hacer lo que hiciste, debiste de creer en mí como yo en tí, mira lo que te pasó por no ser honesto!

El gusanito respondió: – pensé que te podía ganar pues iba a hacer un atajo, porque como te dije conozco bien el bosque y mira!

OCHO en tono angustiado le dice: – perdóname Maquín te prometo no volver a hacerlo, quieres ser mi amigo? – A eso respondió el Maquín – no te preocupes OCHO que te perdono, espero que te haya servido de lección.–

Al rato el Maquín le invita a OCHO a dar un paseo juntos, montados en una hoja gigante que flotaba en el rio, subiendo el gusanito es su cabeza. Ambos cantando y contentos se alejaron felízmente, mientras el Maquín saltaba diciendo de alegría CROAK..... CROAK.....CROAK.

Mención de honor
Obra: Frutos y vegetales dominicanos
Autor: Martín Bolívar Rodríguez

VEREDICTO DEL
CONCURSO DE ARTE Y LITERATURA
BANCENTRAL 1996

ARTE

CATEGORÍA ESCULTURA

Primer Lugar
Obra : ¿Sexo débil?
Seudónimo : Medusa
Autora : Cynthia Valenzuela

Segundo Lugar
Obra : Si fueras Santo
Seudónimo : Acuario
Autor : Francisco De la Mota Sánchez

Mención de Honor

Obra : El adiós
Seudónimo : Medusa
Autor : Cynthia Valenzuela

CATEGORÍA PINTURA

Primer Lugar
Obra : Yolas
Seudónimo : Pili
Autor : Emilia Linares

Segundo Lugar
Obra : El arreglo
Seudónimo : Libélula
Autor : Maritza Balbuena Alvarado

Tercer Lugar
Obra : Jarra Taína
Seudónimo : Actor
Autor : José Alverto Jiménez

Menciones de Honor

Obra : Desde el balcón
Seudónimo : La Gaviota
Autor : Sheyla C. Hernández Concepción

Obra : Frutos y vegetales dominicanos
Seudónimo : Delfín
Autor : Martín Bolívar Rodríguez

LITERATURA

CATEGORIA CUENTO

Primer Premio
Obra : La nueva era
seudónimo : Kalil
Autor : Luis José Bourget García

Segundo Premio
Obra : Réquiem
seudónimo : Bebito
Autor : Henry Almonte Diloné

Tercer Premio
Obra : El esqueleto en el almario de la abuela Lucía
seudónimo : Marea Baja
Autor : Fabiola M. Herrera de Valdez

Menciones de Honor

Obra : El sueño de Elena
seudónimo : Popeye
Autor : Pedro Julián Atiles Nin

Obra : Un encuntro feliz
seudónimo : Sulian
Autor : Eduardo Rodríguez P.

CATEGORIA POESÍA

Primer Premio
Obra : Versos complicados
seudónimo : Ibrahin de la Kaba
Autor : Miguel J. Escala

Segundo Premio
Obra : Serpiente de la Noche
seudónimo : Balza
Autor : Luis José Bourget García

Tercer Premio
Obra : Tres poemas: Afiliación del ser, Timón adentro, Patria
seudónimo : Verlaine
Autor : Octavio Amiama Castro

APENDICE

APÉNDICE

Notas biográficas de los autores*

Henry Almonte Diloné nació en el año 1958 en la ciudad de Santiago de los Caballeros. Ingeniero Civil, Economista y Comunicador Social. Cultivador ferviente del soneto y del cuento. Ha publicado "De lo humano a lo divino", libro de sonetos, y cuentos dispersos en diferentes periódicos y revistas de circulación nacional. Ingresó al Banco Central en 1989 como Subdirector de Ingeniería y Planificación de INFRATUR; actualmente se desempeña como Encargado de Promoción y Asuntos Internacionales del Departamento de Desarrollo y Financiamiento de Proyectos (DEFINPRO).

Octavio Amiama Castro nació en Santo Domingo en 1936, en el seno de una familia de intelectuales y educadores. Aunque tempranamente realizara estudios de Derecho y otras disciplinas, siempre estuvo inclinado a quehaceres culturales. Sus viajes por el mundo ensancharon sus vivencias y anudó relaciones con poetas como Pablo Neruda, Juana de Ibarbourou, Alfredo Barrera Valverde y otros. Aunque su obra no es muy conocida, sus poemas han visto la luz esporádicamente en diferentes medios de comunicación del país. Su estilo es depurado y ecléctico. Desdeña la métrica, porque supone aherroja la inspiración. Favorece la poesía que pueda ser traducida con fidelidad.

Pedro Julián Atiles Nin nació en Santo Domingo, el 29 de diciembre de 1964, hijo del finado empresario naviero Horacio Atiles y de la distinguida dama Bertha Nin de Saladín. Se graduó de Doctor en Derecho en la Universidad Iberoamericana (UNIBE) en 1990. Desde muy temprana edad realizó entrenamientos operacionales y ejecutivos en las agencias navieras Marítima Dominicana, S.A., y Agencias Navieras B&R. En el año 1991 desempeñó la función de Asistente Administrativo de la Embajada del Japón acreditada en el país. Residió en la ciudad de New York alrededor de un año y desde el 1993 labora como abogado en la Consultoría Jurídica del Banco Central de la República Dominicana. Ha publicado artículos diversos en el periódico "Hoy" y en la Revista "Negocios".

---

* *Estas notas biográficas fueron confeccionadas por los propios autores.*

Maritza Balbuena Alvarado nació en Río San Juan. Es hija de Francisco Balbuena Sánchez y Lilia Alvarado. Después de realizar sus estudios primarios y secundarios se trasladó a la ciudad de Santo Domingo, donde obtuvo el título de Secretaria Ejecutiva en el Instituto Dominicano Gregg. Posteriormente cursó estudios especializados en la Ohio State University. Actualmente es pensionada del Banco Central, donde laboró por espacio de 14 años, sirviendo en diferentes áreas de la institución. Además de la pintura, disfruta de las artes manuales, la natación y su ratos libres los llena con la lectura y la música clásica.

Francisco Silvestre De la Mota Sánchez nació en la ciudad de La Vega, el 6 de febrero de 1965. Egresado de la Universidad Iberoamericana (UNIBE) en Administración de Empresas (1992); Agente en Bolsa de Valores (1993), ha realizado cursos de adiestramientos en Washington, D.C., y Santiago de Chile. Labora desde el año 1991 en el Departamento de Cuentas Nacionales y Estadísticas, División de Precios, trabajando en la Encuesta Diaria sobre el Dólar Extra bancario y en el cálculo del IPC. En el Arte ha recibido cursos personales en grabado en metal, serigrafía, cerámica y vitral; trabajó en el Museo de Arte Moderno como Encargado de Registro (1988-89); ha compartido con pintores de la talla de Osvaldo Guayasamín y Carlos Cruz Diez. Fue ganador del segundo lugar en las categorías de escultura y pintura en el Primer Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1995.

Miguel José Escala Figueredo nació en Manzanillo, Cuba, el 27 de febrero de 1949. El 1ro. de febrero de 1963 llegó a República Dominicana, país cuya ciudadanía ostenta. Se graduó de Licenciado en Psicología en la Universidad Autónoma de Santo Domingo en 1974, y tiene Postgrado de Psicología Educativa del Instituto Tecnológico de Santo Domingo (1980). En 1985 obtuvo su Maestría en Educación Superior (Administración de Universidades), y en 1988 se graduó de Doctor en Educación en la Universidad Estatal de Pensylvania. Su primera participación en algún concurso literario la realizó mientras estudiaba en la UASD y no recibió ni respuesta por su participación. Retomó el quehacer literario después de los cuarenta, escribiendo bajo el seudónimo de José E. Espinosa. Tiene cuatro poemarios inéditos. Se decidió participar en el concurso del Banco Central a instancias de algunos de sus lectores, en especial de su esposa.

Sheyla Cristina Hernández Concepción nació en la ciudad de La Vega y después de cursar sus estudios primarios y secundarios se trasladó a la ciudad de Santo Domingo. Obtuvo el título de Licenciada en Administración Secretarial, en la Universidad Dominicana O&M, después de haberse graduado de Secretaria Ejecutiva en La Universidad APEC. Ha participado en varios seminarios y congresos relacionados con su profesión. Labora como secretaria en el Departamento Internacional del Banco Central desde el 1989.

Su afición por las artes comenzó desde su niñez, tomando cursos de pintura en su ciudad natal. Le gusta la naturaleza pura y sencilla, y se regocija contemplando el paisaje y la naturaleza del que lo crea, por esta razón se inclina por el paisajismo, sobre todo en los atardeceres, cuando la naturaleza se prepara para descansar de su agitado día.

José A. Jiménez nació en Santo Domingo el 23 de febrero de 1964, realizó sus estudios primarios en la escuela República de Colombia y se graduó de bachiller en el Colegio Monte de Sión. Actualmente cursa el 4to. semestre de Licenciatura en Desarrollo Agrícola en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), además de realizar estudios de pintura en la Escuela Nacional de Bellas Artes. Sus actividades las comparte con su Taller de Pintura, que instaló con los beneficios del Premio Anual de Pintura que organizó el Departamento Cultural del Banco Central de la República Dominicana en 1996, en el cual salió agraciado con el 3er. lugar en dicha categoría. Desde el año 1989 labora en el Departamento de Emisión y Caja de dicha institución. Su mayor meta es la de hacer "Historia en el Arte", siempre siguiendo con la temática de la cultura taína.

Emilia Altagracia Linares Rodríguez nació en Santo Domingo. Es diseñadora de Interiores, egresada de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU). Labora en el Banco Central de la República Dominicana desde el año 1994 en la Subdirección de Ingeniería y Conservación de Edificaciones del Departamento Administrativo. Ha participado en varios cursos y seminarios relacionados con su carrera, las artes y el desarrollo personal. Ha participado en otros concursos obteniendo premios y menciones de honor. Disfruta tanto de la pintura como de las artes manuales. Le gusta la pintura realista prefiriendo los temas relacionados con la naturaleza y lo autóctono. En cuanto a técnica, gusta tanto del óleo como de la acuarela, prefiriendo esta última por su ligereza y rapidez en la aplicación. Entre los pintores que más le gustan están Mariano Eckert, Ada Balcácer y Dionisio Blanco.

Eduardo E. Rodríguez Padilla nació en el Municipio de Enriquillo, Barahona, siendo internado en el Instituto Politécnico "Loyola" de San Cristóbal, donde cultivó la lectura y la música. Es egresado de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, con el título de Licenciado en Contabilidad. Ha ocupado diversas posiciones en la Fundación Dominicana de Desarrollo, lo que le permitió conocer y participar en actividades artesanales dentro del Proyecto PLANARTE de esa institución. Ha realizado trabajos en diferentes áreas del arte, tales como la pintura, cuento y poesía. Actualmente labora en la Subdirección Plan Salud del Departamento de Recursos Humanos del Banco Central.

Cynthia Alexandra Valenzuela Acosta: nació en San Cristóbal, R. D. Se graduó de arquitecto en la Universidad Iberoamericana en 1994. Actualmente trabaja en el Banco Central de la República Dominicana como arquitecto de la Subdirección de Ingeniería y Conservación de Edificaciones. Ha participado en varios seminarios y congresos relacionados con su profesión, y ha cursado estudios sobre historia de la arquitectura, idiomas y otros. Ha trabajado con la oficina de arquitectos Brea y Rancier, colaboró con la revista "Arkitecton"y participó en la exposición colectiva del CODIA sobre el diseño de una casa club para el mismo.

COLOFÓN

Esta primera edición de **OBRAS PREMIADAS: SEGUNDO CONCURSO DE ARTE Y LITERATURA BANCENTRAL 1996**, consta de un mil (1,000) ejemplares, y se terminó de imprimir en los talleres de la Subdirección de Impresos y Publicaciones del Banco Central de la República Dominicana, en el mes de noviembre de 1997, año del Quincuagésimo Aniversario de su creación.